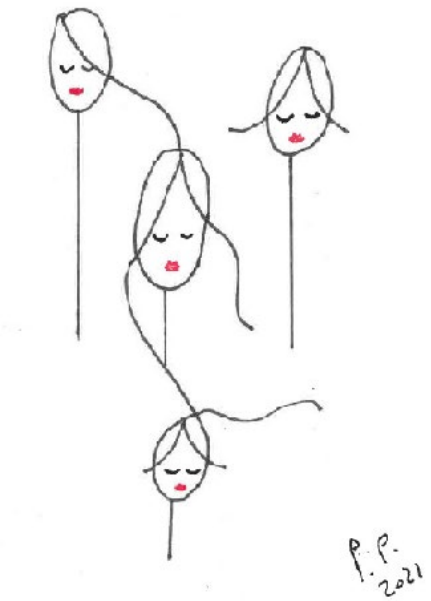
José Antonio Hernández Guerrero

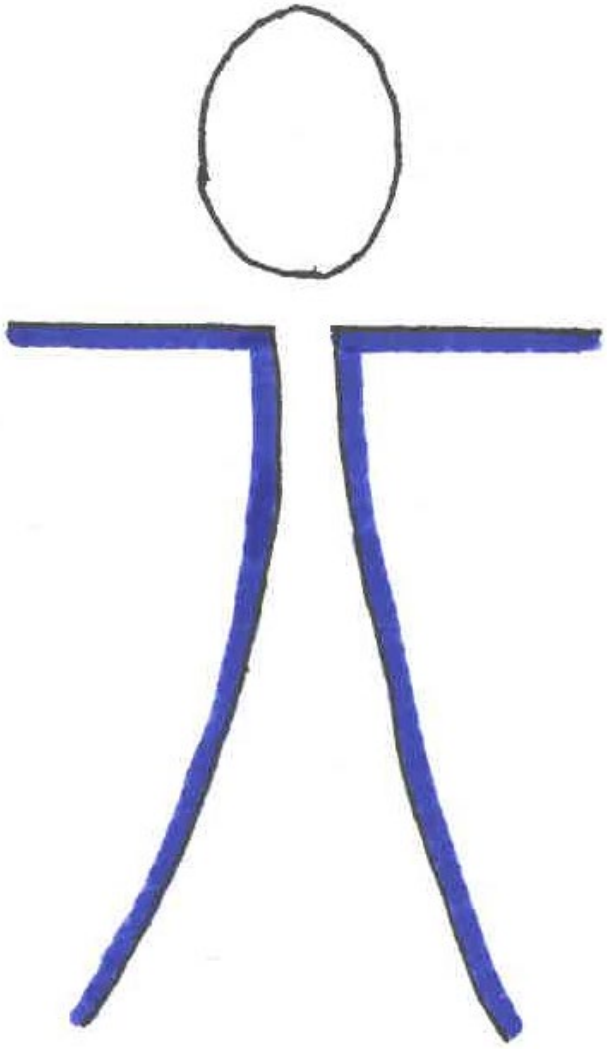


Pedro Sevilla: la lectura y la escritura como cauces de vida humana

Análisis de su obra narrativa
2024

CLUB DE LETRAS UCA

José Antonio Hernández Guerrero



Pedro Sevilla: la lectura y la escritura como cauces de vida humana

Índice

Introducción

1.- Vivir la literatura

2.- Leer la vida

3.- Recuperar el pasado

4.- Seguir creciendo

5.- Descubrir nuevos mundos

6.- Reflejarse en las vidas de los otros

7.- Conmoción ética y descubrimiento estético

8.- Vivir para contarlo

9.- Alejarse del mundo y regresar al silencio

10.- El amor deshace los desajustes y recrea la armonía

11.- La salvación de la muerte

12.- En solitario somos nada

13.- La medicina del sufrimiento es el propio sufrimiento

14.- La escritura aleja la muerte

15.- Bucear para descubrir quién es él

16.- Los sentimientos y las convicciones se transforman.

17.- Las fiestas nos unen y nos reúnen

18.- Las ceremonias transforman la eternidad en tiempo real

19.- La eternidad del verano infantil también se termina

20.- La escritura proporciona una nueva eternidad

21.- Recordar es salvar

22.- Las adicciones matan

Bibliografía

Apéndice

Introducción

En este análisis de las obras narrativas de Pedro Sevilla parto del supuesto de que los relatos son ejercicios de ficción en los que intervienen la memoria y la imaginación, y, por lo tanto, influyen en las maneras de interpretar y de vivir nuestras vidas. Amplían los límites de las experiencias, nos producen goces y sufrimientos, y nos hacen intérpretes de actitudes y de comportamientos ajenos. Estoy convencido, además, de que nos ayudan a mantener nuestro equilibrio psíquico siempre que marquemos los límites que separan la realidad de los sueños.

El retrato de asuntos cotidianos a veces olvida que somos seres que sentimos y que sufrimos, que tememos y que deseamos, que amamos y que aborrecemos, y que, en el fondo de nuestras entrañas, experimentamos la irreprimible necesidad de crecer perennemente y de buscar un destino trascendente.

El punto de partida de los análisis de estos relatos es la constatación de que la finalidad directa o indirecta de todas las actividades es el bienestar individual y colectivo, esa meta que posee tres características fundamentales: que es posible y, además, es una meta universal, irrenunciable, compleja, necesaria y siempre mejorable; que depende de múltiples circunstancias temporales, de diversas situaciones objetivas y, sobre todo, de la habilidad, de la constancia y del esfuerzo que desarrollemos cada uno de nosotros. Finalmente, que los diferentes estados de felicidad conservan un valor

transitorio porque, una vez alcanzado un determinado nivel aspiramos a lograr otro superior.

Si es cierto que experimentamos sentimientos verdaderos de “felicidad” cuando alcanzamos alguna meta deseada, también es verdad que este estado nos suele estimular para que logremos nuevos retos. Aunque el bienestar es un sentimiento que, en diferentes grados, todos experimentamos y del que, por lo tanto, todos tenemos un conocimiento práctico, su definición no es fácil porque en ella intervienen múltiples factores orgánicos, psicológicos, sociológicos, culturales y económicos.

El ansia irreprimible de alcanzar la meta de la felicidad individual, familiar y social ha de ser controlada para evitar el riesgo de que el "bienestar" de una mayoría afortunada se satisfaga a costa del "malestar" de algunas minorías desgraciadas. Si pretendemos ser justos y solidarios –e incluso felices-, hemos de repartir equitativamente los bienes y los males, los gozos y los dolores, las alegrías y las tristezas, las ganancias y las pérdidas, la salud y la enfermedad, el calor y el frío, las comodidades y las molestias, los llantos y las risas.

Si no controlamos los bienes y los poderes, estaremos formando un hombre y construyendo unos mundos inhumanos. Los profundos y rápidos cambios que experimentamos, las mejoras de las balanzas y el alza de los índices macroeconómicos, culturales e, incluso, los adelantos sociales por sí solos nos llevan a una sociedad "asimétrica" que es lo mismo que afirmar que estamos construyendo un “mundo injusto”.

1.- Vivir la literatura

Pedro Sevilla es, a mi juicio, uno de los principales cultivadores de la poesía "de la experiencia vital". Sintetizando exageradamente esta concepción podemos afirmar que sus textos constituyen una lectura profunda de la vida y que su vida es una manera intensa -más consciente, más plena y más humana- de vivir la literatura. Con esta interpretación él evita esa tentación en la que la literatura, de manera reiterada, ha sucumbido: la de replegarse en su esencia y encerrarse en su torre de marfil. Pedro Sevilla concibe la escritura literaria como la indagación en la profundidad de la propia conciencia o inconsciencia. Por eso sus obras son plasmaciones detalladas de unos autoanálisis rigurosos que lo conducen al hallazgo de su personal verdad.

Asumiendo que el sufrimiento, la enfermedad y la muerte son realidades esenciales de la existencia humana, trata de interpretarlas y de contarlas como las sendas inevitables para alcanzar la sabiduría, la belleza y el bienestar. Concibe la tarea literaria como una vía de autoconocimiento y de expresión de sus inquietudes, como una llamada a la comunicación con sus gentes, como un grito y como una queja. Es el instrumento que él utiliza para conocer la naturaleza íntima de la vida de una manera diferente a las que utilizan las ciencias o la filosofía. Tiene mucho que ver, por lo tanto, con la autobiografía, esa vía que busca definir la propia identidad y que, por lo tanto, es una forma de confesión.

Su compromiso no se limita a observar pasivamente la vida, sino que se traduce en un aviso a los demás movido por una responsabilidad –o por una pasión- aún más intensa que la política. Por eso creo que no exagero

cuando afirmo que Pedro se siente llamado a una misión ética y profética. Hace convergentes la literatura y la vida impulsado por una profunda conciencia de su responsabilidad. El escritor y el ciudadano, el hijo, el esposo y el padre, se unen y se compenetran mediante el sentido de una responsabilidad compartida. La literatura y la vida no son lo mismo, pero convergen y se convierten en una senda unitaria.

Pedro parte del supuesto de que la literatura humaniza la vida y de que, por lo tanto, su cultivo contribuye de una manera decisiva a la pervivencia actual de la sensibilidad artística y de la conciencia moral. En sus diversas obras autobiográficas –itinerarios narrativos de honda penetración psicológica- dibuja unos análisis que, impregnados de ternura, reflejan los procesos que él ha seguido para resolver los conflictos vitales íntimos y las vivencias traumáticas que alcanzan unas intensas representaciones simbólicas.

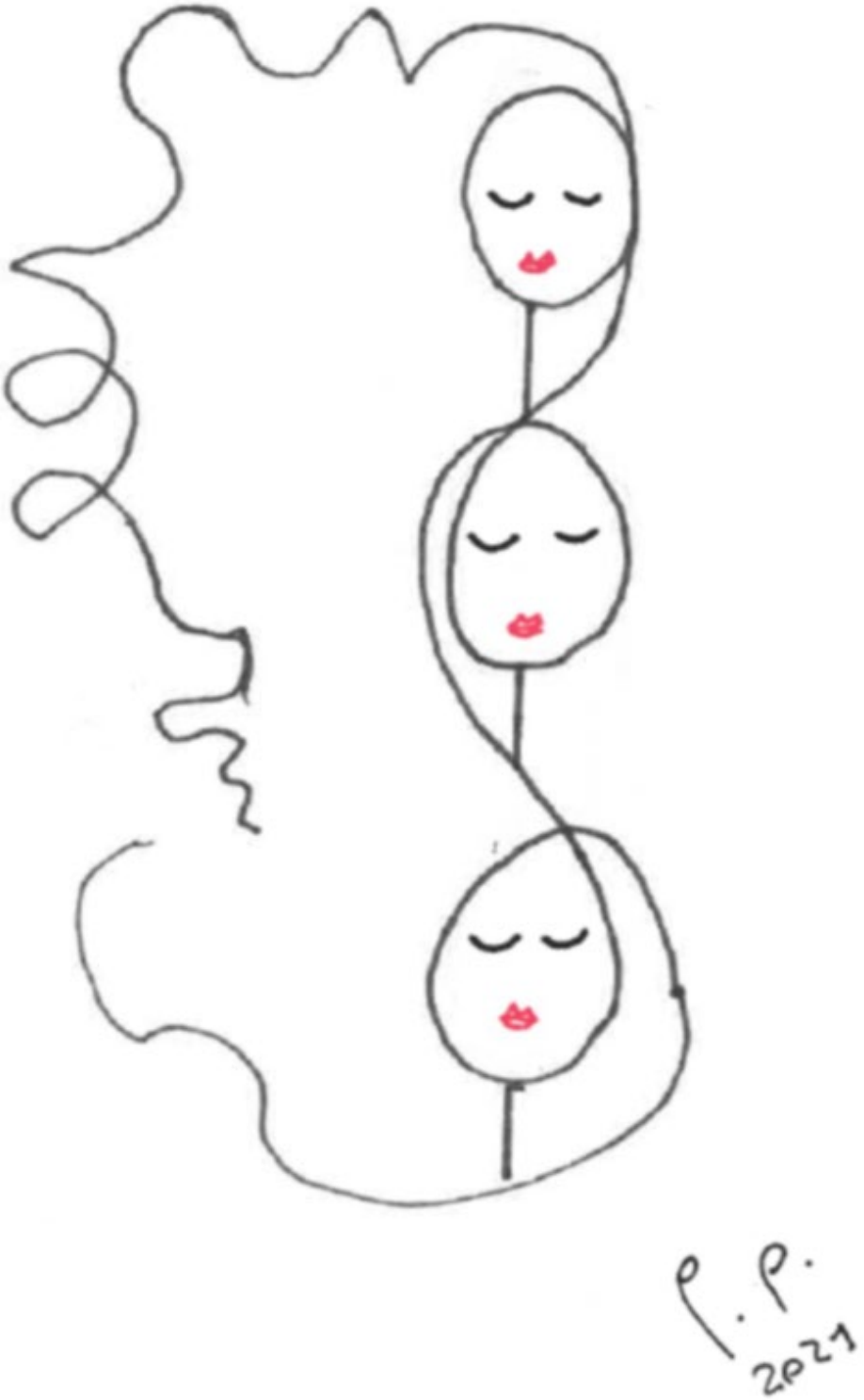
En sus convergentes relatos encadena sus experiencias humanas impregnadas de lecturas literarias como alimentos sustanciosos de la vida y como soportes de la realidad. Gracias a su sensibilidad estética, a su talento imaginativo y a su hondura humana, armoniza sus vivencias y sus aspiraciones hacia una convivencia de lo común con lo trascendente y de lo real con lo mágico. En todas ellas laten sensaciones, emociones, fantasías e ideas.

En estos análisis de sus obras aplico el principio según el cual contar no es sólo encadenar hechos y describir espacios sino descubrir sus significados humanos. La descripción y la narración alcanzan la condición de literarias cuando revelan los latidos de la vida humana individual y colectiva, cuando, además de sensaciones, dibujan emociones y definen pensamientos, y, por lo tanto, cuando explican de manera clara esas teorías que técnicamente están contenidas en los tratados de las Ciencias Humanas:

Filosofía, Sociología, Psicología, Pedagogía, Antropología e, incluso, Política. Ésta es la razón por la que interesan y divierten a los lectores, porque transmiten diferentes -y sugerentes- modelos de mundo y distintas concepciones de nuestra vida humana. Éste es el fundamento del criterio principal que aplico para valorar estas obras como literarias, originales y bellas. Pedro es poeta -creador- porque emplea los objetos y las acciones como soportes de mensajes, como significantes de su interpretación de la vida humana, como un lenguaje que, al ser metafórico y simbólico, dice más de lo que nosotros percibimos con los sentidos.

¿Son las vidas de los escritores las clave para interpretar sus obras o son éstas las que nos proporcionan pistas para descifrar y para valorar sus vidas? ¿Hasta qué punto la interpretación, la valoración y el disfrute de la obra de un escritor depende de nuestras experiencias literarias y estéticas previas? Y ¿cómo influyen nuestros juicios y prejuicios personales en la lectura?

Para responder a estas preguntas previas es indispensable que leamos con atención sus creaciones y que contemplemos con respeto sus comportamientos por muy alejados que, a primera vista, estén de las conductas de los personajes por él creados. He leído las obras narrativas de Pedro Sevilla con la intención de iluminar unos aspectos que sólo en apariencias son contradictorios. En ellas nos cuenta cómo las vidas y las muertes de sus seres queridos y las celebraciones populares de Arcos de la Frontera explican los sentidos profundos de unas experiencias cuyas raíces se ahondan en las sensaciones, emociones y pensamientos de la niñez, “esa época en la que él no vive el tiempo sino en la eternidad”.


P. P.
2021

2.- Leer la vida

El objetivo común y último de su decisión de leer es vivir la vida, profundizar en los sucesos, adentrarse en él mismo y, al mismo tiempo, acercarse a los otros: es escuchar y hablar, es ser otro sin dejar de ser él mismo.

Pedro parte del supuesto de que leer es, además de descifrar el significado de las palabras, contextualizar las informaciones que le proporcionan los textos y sitúan temporal, espacial y culturalmente los mensajes que les transmiten, es analizar sus valores ideológicos, éticos y estéticos.

Por eso reconoce que, para leer obras literarias, es imprescindible cultivar la capacidad de interpretar y de valorar los contenidos y de desarrollar la sensibilidad para "degustar" las expresiones lingüísticas y literarias, esa compleja facultad integradora que abarca la finura sensorial, la delicadeza sentimental y la agudeza reflexiva, las tres dimensiones diferentes de la belleza.

Convencido de que la lectura ensancha, profundiza y eleva la vida humana porque nos proporciona conocimientos y nos abre unos caminos dilatados y, a veces, divertidos, busca las obras de autores próximos que, como las de sus paisanos Julio Mariscal, los hermanos Murciano o los Cuevas, y las de sus amigos Antonio Luis Baena, Francisco Bejarano, Juan Lamillar, Abelardo Linares, Pepa Caro y, sobre todo, José Mateos, le proporcionan libertad y lo orientan para que él emprenda unos cambios saludables. Todos ellos son unas estimulantes invitaciones para ligar el pasado con el presente y con el futuro e, incluso, unas ayudas para reconciliarse y para luchar sin desfallecer.

3.- Recuperar el pasado

El interés de las obras que Pedro lee durante su juventud está generado por la necesidad de responder a unas preguntas que él mismo se hace sobre la existencia humana, sobre la vida y la muerte, sobre la lectura y la escritura, sobre la ficción y la realidad, sobre el amor y el odio, esas dualidades que en la naturaleza se suceden como alternancias de los tiempos y de los espacios, de los días y de las noches, de la luz y de la oscuridad, del calor y del frío, y esas contradicciones que él experimenta en sus maneras de sentir y de pensar, de desear y de temer, de vivir y de escribir.

El recuerdo de sus experiencias dolorosas le ayuda a Pedro Sevilla a dominar su vida presente y le proporciona seguridad en sus vacilantes pasos para interpretar los acontecimientos actuales y para descubrir el significado de sus sucesivas experiencias. Al examinar críticamente su vida pasada, renueva el presente y gana el futuro porque logra que el recuerdo del pasado doloroso -ya purificado- lo proyecte hacia un presente más pleno y hacia un futuro más gratificante.

En estas obras, Pedro Sevilla analiza con detalle y con agudeza los hechos que determinaron que las enfermedades, los sufrimientos, los errores y las muertes propias y las de sus seres más queridos hicieran posible su crecimiento humano y su progreso literario. Una de las claves interpretativas es su convicción de que la existencia humana -ese entramado de recuerdos, de episodios y de deseos- es una ineludible convivencia con las muertes de los que le han dejado la dolorosa huella de su ausencia y el anticipo –más o menos consciente- de su propia muerte.

La vida y la obra de Pedro Sevilla son penosos ensayos para fijar unos valores que la riada impulsiva de cada una de sus etapas arrasa en su precipitada sed de vivir que, como un Sísifo[1], se siente obligado a subir y a bajar la escalera del Tiempo. Sus experiencias de los dolores físicos explican cómo en el interior de su conciencia nace la decisión de relatar minuciosamente los episodios que "siente" y "con-siente" de manera contradictoria. Está convencido de que experimentar el sufrimiento es la forma humana de vivir y por eso piensa que quedarse sin sentimientos es también una manera de morir. Por eso mira cara a cara el dolor, el hambre, la pena y los llantos propios y ajenos para aprender a vivir la vida. Por eso cuenta que, cuando en su niñez se ponía enfermo por alguna infección o, quizás para llamar la atención y para conseguir el afecto, las visitas y los regalos de su familia, era porque así podría seguir siendo niño.

Por eso el certificado médico de que estaba curado fue la confirmación de la salida oficial de la niñez -su segundo nacimiento-, y, por eso, el regalo del reloj que le hizo su tío fue la ratificación de "que un adulto sin reloj es un menesteroso y un desvalido, porque al fin y al cabo el tiempo es nuestra única patria, la única que nos queda después de perder la infancia".

A partir de entonces, con su salida del tiempo –del tiempo ilimitado de la niñez-, comenzó a tomar posesión de los espacios, de las calles, de las parcelas de sol, de los diferentes olores y de las "siempre distintas" gentes de su pueblo.

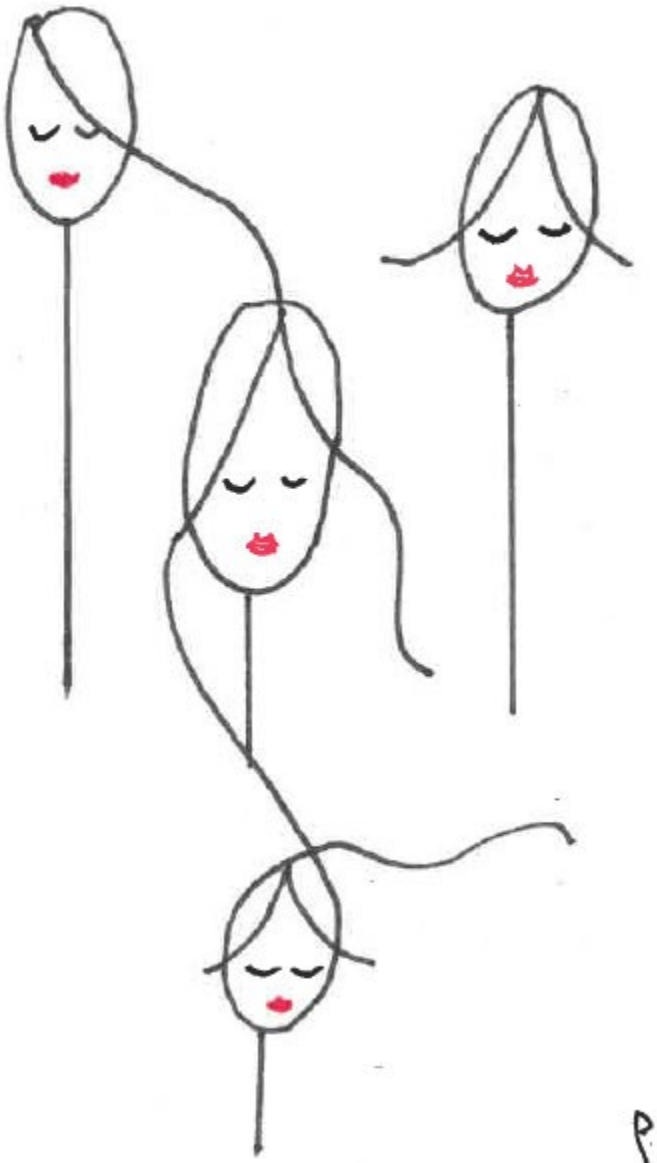
Estas dolorosas experiencias lo estimulan para que se deleite con una simple bocanada de aire puro, con la lectura reposada de un libro interesante

[1] En la mitología griega, Sísifo (Σίσυφος) fue fundador y rey de Éfira (nombre antiguo de Corinto). Era hijo de Eolo y Enareta, y marido de Mérope. De acuerdo con algunas fuentes (posteriores), fue el padre de Odiseo con Anticlea, antes de que ésta se casase con su último marido, Laertes. Es conocido por su castigo: llevar una piedra hasta la cima de una montaña, y antes de llegar, la piedra volvía a rodar hacia abajo, repitiendo una y otra vez el frustrante proceso.

o con la escucha relajada de una melodía. El paso y la amargura del tiempo le enseñan a leer la vida con nuevos ojos y a disfrutar de los minutos durante los que poder respirar con libertad. Lo malo es que, a veces sin advertirlo, despilfarraba el regalo que le proporcionaban algunas experiencias cotidianas.

Se decide a empezar a escribir para recordar a los seres queridos que se le han ido, para que le sigan hablando, diciéndole cosas, cuidándolo y orientándolo, sobre todo, sobre sus errores. Es posible que sea en estos momentos cuando mejor comprendía, valoraba y seguía sus consejos. Quizás éstos fueron los momentos oportunos para captar una generosidad que antes no fue capaz de interpretar.

Ahora, tras sus muertes, alcanzaban una decisiva importancia porque, gracias a estos recuerdos, Pedro seguía conviviendo y se sentía acompañado. Cada vez adquiría mayor conciencia de que su vida era el resultado de otras vidas y, por eso, sentía la obligación de recordarlos para mostrarles su agradecimiento y el reconocimiento de que, gracias a ellos, él era lo que era y cómo era.


P. P.
2021

4.- Seguir creciendo

Aunque resulte una obviedad, es inevitable que Pedro afirme categóricamente que él ama la vida, la suya y las de los otros. Por eso escribe con el propósito de plasmar su vida en un relato y publicarlo en un libro. Tras constatar que todos los hombres de su calle han muerto y que "los hombres siempre andamos muriendo o desertando, sea de una guerra, de un amor o de un matrimonio", él llega a la conclusión de que "siempre dejamos solas a las mujeres, que son la permanencia, la consistencia, al frente a nuestras fragilidades".

Además de para dar sentido a las experiencias vividas, la escritura le sirve para revisar, corregir y agradecer el pasado, y, también, para seguir creciendo. Él parte del supuesto de que la vida es humana cuando toma consciencia de lo que ha realizado y de lo que pretende alcanzar, y que la escritura autobiográfica es estimulante cuando, evitando las autocomplacencias, muestra el agradecimiento a quienes favorecen su crecimiento.

Está convencido de que los acontecimientos más importantes de la vida humana son el nacimiento y la muerte, esos hechos trascendentes que ritualizamos con el fin de que, en la medida de lo posible, sean eternos. Por eso él escribe para contar con amor la vida cuando la muerte una y otra vez vuelven a su casa. Por eso afirma de manera categórica que sus palabras pretenden "aprender a afrontar la vida y a afrontar la muerte: la propia y la de las personas queridas".

En el relato *La fuente y la muerte* (2011) late un modelo de vida en el que los valores estéticos se apoyan en cimientos éticos o, en otras palabras, en una concepción acorde con la dignidad humana. Si analizamos en profundidad el potente virtuosismo de los episodios aquí narrados, podremos comprobar cómo se alimentan de unos valores que, en última instancia, constituyen los ingredientes indispensables del bienestar individual, familiar y social. Gracias a su extraordinaria habilidad para dotar a las ideas de cuerpos, para proporcionarles volúmenes, formas y colores mediante el uso de las imágenes visuales y gracias el empleo de un lenguaje plástico, Pedro logra que su prosa poética alcance un singular poder persuasivo capaz de convertirse en instrumento decisivo para animarnos a vivir, a convivir, a trabajar y a luchar. Nos impulsa para que, templando las pasiones, nos hundamos en esa realidad cotidiana, desconocida y fascinante de la introspección y para que nos elevemos estrechando los vínculos de la solidaridad fraternal.

Nos explica que sus seres queridos siguen con algo de vida en las cosas que le han dejado, en las palabras que siguen resonando en sus oídos, en las ideas que permanecen grabadas en sus mentes, en las emociones mezcladas con sus nuevas experiencias, y, por eso, afirma que, cuando amamos verdaderamente a una persona, la amamos para siempre.

Escribe con la intención de evitar la desaparición total de sus seres queridos devolviéndoles una nueva presencia, porque “las huellas de una persona en la vida de otra son indelebles y no las puede borrar ni la misma muerte”. Ahí reside su convicción de que, aunque ya no verá más con esta luz de aquí los ojos de su madre, esos que han venido sosegando su existencia desde su infancia, es su muerte precisamente la que da sentido a su existencia. Por eso le escribe no para que le explique algo sino sólo por amor porque él está convencido de que siguiendo unido a ella por la memoria, le

será posible recrear el mundo encendido por la luz de sus ojos para resarcir con la memoria los estragos del Alzheimer.

En *La fuente y la muerte* explica cómo el objetivo común y último de su decisión de leer es vivir la vida, profundizar en los sucesos, adentrarse en él mismo y, al mismo tiempo, acercarse a los otros para escucharlos, para ser otro sin dejar de ser él mismo. Los recuerdos cordiales evitan su desaparición total y le devuelven la presencia, una nueva presencia. Las huellas de una persona en la vida de otra son indelebles –repite- no las puede borrar ni la misma muerte.

5.- Descubrir nuevos mundos

Las lecturas le sirven a Pedro para aumentar sus esperanzas de no limitarse a transitar por la vida sin alimentarse, sin digerir y sin vivir la vida. Es una de sus maneras de descubrir nuevos mundos relacionándose con personas diferentes con las que, unas veces, se identifica o de las que, otras veces, él discrepa. Son –pueden ser- unas guías que lo orientan en la permanente búsqueda de su identidad, acompañantes que lo llevan al reencuentro con él mismo a través de los reflejos cambiantes en el espejo de los personajes insólitos que ellos proyectan; son retratos en movimiento que le facilitan el reconocimiento de sus propios comportamientos.

Estas lecturas le estimulan la reflexión sobre su ser y sobre su actuar, sobre su realización humana y sobre su trayectoria biográfica: les educan –dice él- el buen gusto y les enseñan a valorar lo bueno, lo valioso y lo bello. Leer, efectivamente, es aprender y, al mismo tiempo, disfrutar porque le hace tomar conciencia de su existencia y estimula su capacidad crítica y racional que le mantiene tensa la inquietud de encontrar la palabra precisa y la imagen bella, por alcanzar esa perfección estética que nació en la filosofía griega.

La lectura le agrupa sus mundos complementarios de la imaginación y de la realidad, y le proporciona un bienestar intenso y hondo. Es un puente levadizo de encuentros y de desencuentros, y una prueba de amor, de respeto y de gratitud. Como él afirma de manera categórica, “gracias a los maestros, mi vida y mi poesía han rebrotado con sabia nueva”. Parte del supuesto de que leer es, además de descifrar el significado de las palabras, contextualizar las informaciones que le proporcionan los textos y situar temporal, espacial

y culturalmente los mensajes que les transmiten, es analizar sus valores ideológicos, éticos y estéticos. Por eso reconoce que, para leer obras literarias. es imprescindible cultivar la capacidad de interpretar y de valorar los contenidos y desarrollar la sensibilidad para “degustar” las expresiones lingüísticas y literarias, esa compleja facultad integradora que abarca la finura sensorial, la delicadeza sentimental y la agudeza reflexiva, las tres dimensiones diferentes de la belleza.

6.- Reflejarse en las vidas de los otros

Su forma de escribir –de confesarse- en *La fuente y la muerte* pone de manifiesto que él escribe, sobre todo, para penetrar en el fondo oscuro del misterio de su propia conciencia, para indagar el sentido de sus aspiraciones, para identificar las cuestiones que le inquietan y para despertar el interés vital de nosotros, los lectores, para, acertando con los senderos que conducen a las capas profundas de nuestras entrañas, conectar con nuestras sensibilidades abriéndonos las puertas de su alma. Por eso estas obras nos inquietan y nos serenan, nos preguntan y nos responden.

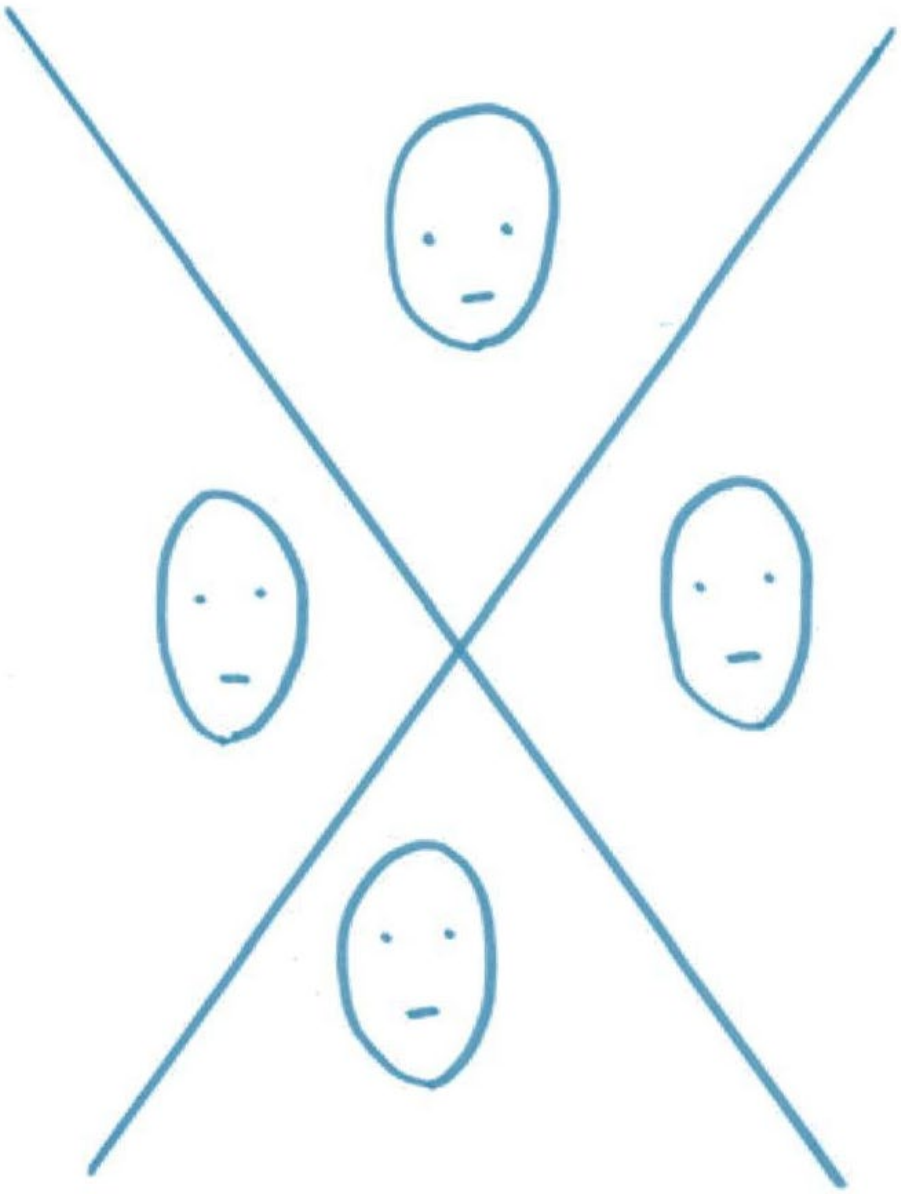
Estoy de acuerdo con él cuando repite que el talento es el resultado de la combinación armoniosa de múltiples cualidades entre las que destaca una especial sensibilidad -de los sentidos y de los sentimientos- concentrada, sobre todo, en la mirada. Es escritor, efectivamente, quien mira la realidad con atención, con interés y con respeto, con el fin de evitar caer en una ilusión óptica.

Mirar, efectivamente, es descubrir la sustancia de los objetos, traspasar los límites sensibles a los sucesos, desnudar de disfraces y de caretas a las personas, penetrar en el fondo oculto de la mente, trascender las apariencias engañosas de los gestos, interpretar el significado de las palabras, apropiarse de las esencias de los objetos, crear y recrear paisajes, construir y reconstruir mundos. Estamos de acuerdo con él cuando afirma que la calidad literaria depende, más que de la habilidad de la mano, de la agudeza de la mirada; más que de la finura del pincel, de la fuerza transformadora de las sensaciones y, más que de la agilidad de la pluma, de la capacidad creadora

de la imaginación, de su poder incisivo para desentrañar los misterios de cada día.

Aunque partimos del supuesto de que alcanzar la propia personalidad -un derecho y un deber inalienables- es un punto de partida ineludible y una meta insustituible, reconocemos que la identificación del perfil propio exige una permanente reflexión y un concienzudo esfuerzo. Descubrir el "yo" y llegar a ser "uno mismo" son los resultados de una laboriosa e interminable búsqueda.

Estamos convencidos de que la escritura es una tarea que exige una adecuada "formación" para llegar a ser creadores –los autores- de nosotros mismos. ¿Por qué? Porque modela el propio yo, construye la personalidad y cincela estilo. Pedro, consciente de que los seres humanos experimentamos además de curiosidad por descubrir los secretos de los mundos lejanos, confiesa que él siente unos deseos, a veces irreprimible, por verse reflejado en los comportamientos de los otros.


2008

7.- Conmoción ética y descubrimiento estético

Gracias a la recomendación de su prima Mercedes, cuidadora de los niños del Fiscal del Juzgado, Pedro entró como "meritorio" al servicio de la administración de Justicia y, "de rebote", gracias al conocimiento de la poesía de su paisano Julio Mariscal, experimentó una conmoción ética y un descubrimiento estético. También es cierto que, al principio, se sintió desgraciado porque, "queriendo seguir siendo un revolucionario, la incorporación a la maquinaria administrativa lo convertía en un desleal, represivo y contrarrevolucionario".

Creía que defraudaba al mundo y a sí mismo, pero se tranquilizaba porque así complacía a su madre y porque, para verla feliz, estaba dispuesto a renunciar a la lucha contra el Estado y por la revolución. Sin embargo, el cambio verdaderamente revolucionario, que trastocaría su visión de la vida, lo experimentó cuando leyó los *Poemas a Soledad*, de Julio Mariscal, un libro que le dejó Don Gervasio que él mismo le había publicado en La Carolina.

Pedro había confesado que había empezado a disfrutar de la literatura cuando era "acunado por los abrazos de su abuela y mecido por la rima de sus romances". Después, ya en el colegio de la Salle, leyó un poema de Antonio Machado y descubrió que era un gran actor capaz de interpretar personajes, de meterse en otras vidas y de dar vida a otras vidas pasando de una realidad a otra, de un sueño a otros sueños.

En Barcelona y en Cádiz había dejado de leer porque vivía en un éxtasis permanente, en una poesía pura que venía directamente de la vida sin tener que escribirla. "Se es tan poeta cuando se canta lo que se pierde como

cuando se vive rotundamente lo que se tiene, sin tiempo ni necesidad de pasarlo al papel". Pero en su pueblo necesitaba escribir poesía para alumbrar los recovecos ocultos de los objetos y de los episodios, para penetrar en el fondo de las emociones, para captar las resonancias sentimentales y para sintonizar con los ecos íntimos de las "entrañas humanas", para expresar su voluntad irreprimible de vivir de una manera libre, consciente, intensa y humana.

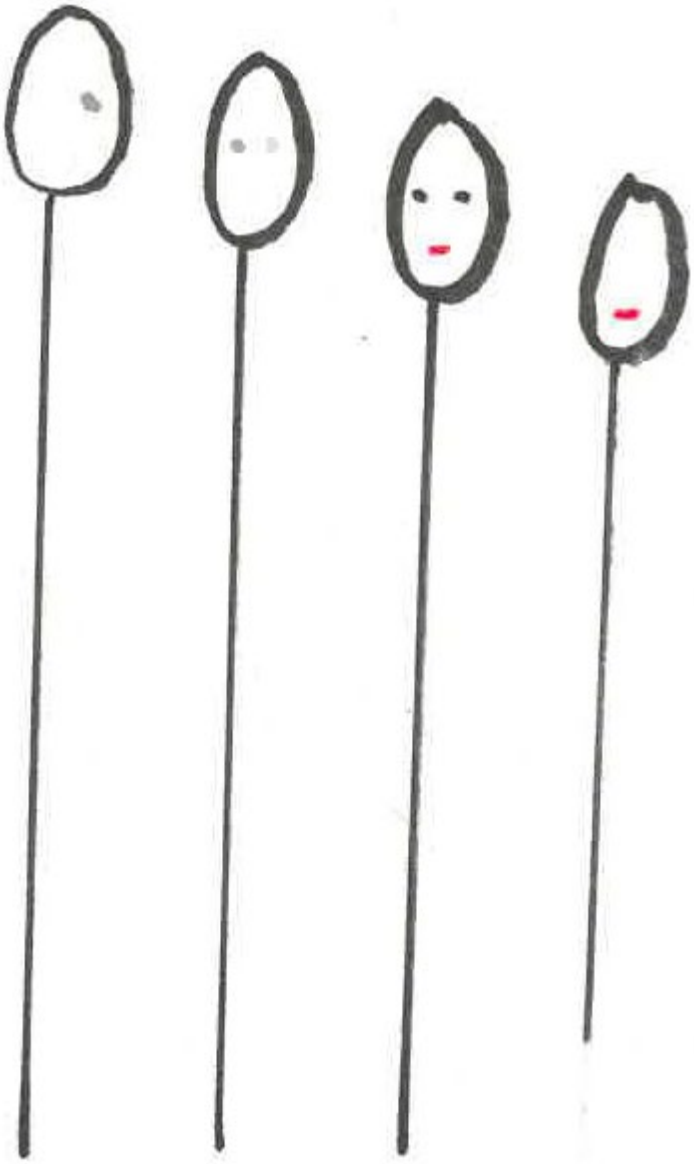
Descubrió su vocación de escritor tras el impacto que le produjeron la visión de la persona y la lectura de la poesía de Julio Mariscal, ese hombre moreno que vestía un traje oscuro, impecable, que fumaba y bebía café, todo muy despacio, como si ya estuviera muerto, justamente "en ese momento en que en la radio acababan de dar las seis y el locutor abría el informativo informando de un nuevo asesinato terrorista en algún pueblo del norte".

Desde entonces empezó a cultivar las palabras con el fin de descubrir el misterioso secreto que guardaban en sus entrañas y de atinar con la expresión adecuada para crear unas realidades nuevas o, al menos, renovadas. A partir de entonces las palabras constituyen para él, más que los símbolos transparentes de la realidad sensible, las herramientas creadoras de nuevas experiencias humanas. Está convencido de que, para indagar en el fondo de los mensajes que nos transmiten los elementos del paisaje, los gestos de los miembros corporales o las formas de cualquier objeto, es imprescindible, tras una apasionante búsqueda, encontrar la palabra precisa.

Como Julio Mariscal él también renunciaría a todo en la vida excepto a recrear, a salvar del olvido un pasado, su única patria. Si quería imitar su elegante manera de fumar, también quería sufrir tanto como él y escribir poemas, iguales que los suyos, llenos de dolor, de emoción y de nostalgia como los que había leído en *Poemas a Soledad*, en *Corral de muertos* o en *Poemas de ausencia*, unos libros prestados también por don Gervasio.

Estas lecturas le generaron unas conmociones éticas y estéticas, unas colisiones emocionales de cuyas luces se alimentaría mientras viviera y trataría de volcar, en unos versos como los de Julio Mariscal, su desamparo y su autenticidad, y explicar la belleza de su pueblo. Él también quería ser un hermoso derrumbe, una misteriosa ruina, aunque la vida le fuera después enseñando que no debía tener prisas por sufrir, que todo llegaría y que la hermosa ruina era sólo cuestión de años.

Si Julio murió de un mal de amor, él había estado a punto de ser matado por un cáncer. Tantos años persiguiendo la belleza, buscando la ética de la belleza, y resulta que la belleza no es nada, que la belleza es la Nada, y que “sólo el dolor es carnoso y verdadero”.



8.- Vivir para contarlo

Pedro sabe bien que la ficción ejerce un intenso poder para transformarnos porque, además de conmovernos, nos hace reflexionar y actuar. La imaginación, sobre todo cuando está trenzada con los sentimientos, nos permite tender nuevos puentes, desestabilizar la realidad, cambiar sus medidas, sus distancias y sus colores. La fantasía, empujada por el amor, nos acerca a los seres que deseamos y transforma el valor de los objetos y la importancia de los sucesos.

En sus obras nos invita para que, contemplando los relatos de vidas ajenas, además de identificarnos con algunos personajes, descubramos las raíces de nuestras motivaciones y, quizás, el fondo íntimo de nuestro inconsciente. Ésta es, a mi juicio, la explicación del atractivo de estos relatos. Porque, cuando leemos estas historias, en cierta medida nos comparamos con los personajes que despiertan nuestra atención. Los seres humanos, además de trabajar y de luchar para ganar el pan, vivimos para tener historias que contar, para referir y para reinventar lo que hemos vivido. Narrar episodios es una de nuestras grandes aventuras.

> La poesía –afirma Pedro- no es ni arma, ni escalera de ascenso: no debe aspirar a la felicidad ni a la Consejería de Cultura de la Junta, sino tiene que sentarse a esperar, con dolor, con angustia, lo que casi siempre se ha ido antes de llegar.

9.- Alejarse del mundo y regresar al silencio

Otro de los núcleos centrales de la vida y de la escritura de Pedro Sevilla es el amor, esa fuente abundante e intensa que se constituye en el factor primario –en la médula- y en el motor de todas las tareas en las que, a veces, él sentía que el reloj se detenía y se borraban los límites que lo bloqueaban e inquietaban.

El punto de partida de su vida y de sus relatos es la recreación del "maravilloso azar de su concepción", la narración de cómo "se siente crecer dentro del vientre de su madre" y la explicación de cómo, a través del cordón umbilical además de la alimentación, le llegaban las querellas de fuera y las mezquindades del mundo, y se le inoculaba la angustia de los suyos. Ésta es la razón que explica, en gran medida, el miedo que lo acompañará permanentemente y, por eso, "no quiere salir, no quiere nacer". Y es que entonces experimenta cómo nacer y crecer es descuartizarse, partirse en dos, "pertenecer a unas familias siempre distintas y muchas veces contrincantes".

Esa dualidad será la explicación de las contradicciones que definen sus maneras opuestas de sentir y de pensar, de desear y de temer, de vivir y de escribir. A lo largo de todas las peripecias de su vida pone de manifiesto que la meta final de todos sus recorridos vitales es regresar al punto de partida. En los sucesivos impulsos que sufre y disfruta se siente empujado, paradójicamente, a regresar al claustro materno, al primer hogar, a sus primeras sensaciones y, en definitiva, al alejamiento del mundo y al silencio, a la quietud y a la desaparición.

Pero, paradójicamente, en el fondo del agitado viaje por las sendas del hambre y de la pobreza laten, sobre todo, las intensas palpitaciones del amor, de los amores, del enamoramiento y, por supuesto, del desamor. Por eso la meta de este viaje vital –búsqueda, encuentro y huida- no puede ser otro que encontrar una puerta de salida.

Reconoce que las claves de su manera de sentir residen en aquellas experiencias de su niñez como, por ejemplo, la convivencia con sus tres tías costureras y soñadoras que, al escuchar a Raphael, se ponían femeninamente serias y hermosamente tristes, que suspiraban de amor y de pasión, que sembraban los gérmenes del miedo -"el sida de los años sesenta"- y las raíces de sus cambiantes estados de ánimo que dependían de las contradictorias desazones que generaban la heroicidad y las mezquindades, el alcohol y los velatorios, los noviazgos y las veladas de costura, y, en resumen, los ahogos de la oscuridad y del aliento de la muerte.

Recuerda cómo, si a veces le asustaban las voces del aguardiente de esos municipales, que "encarnaban la disciplina y el orden", otras eran las palabras del cura que amenazaba con el fuego del infierno eterno o sus temores de que su abuela, si no se portaba bien, lo castigara con el agua del aljibe.

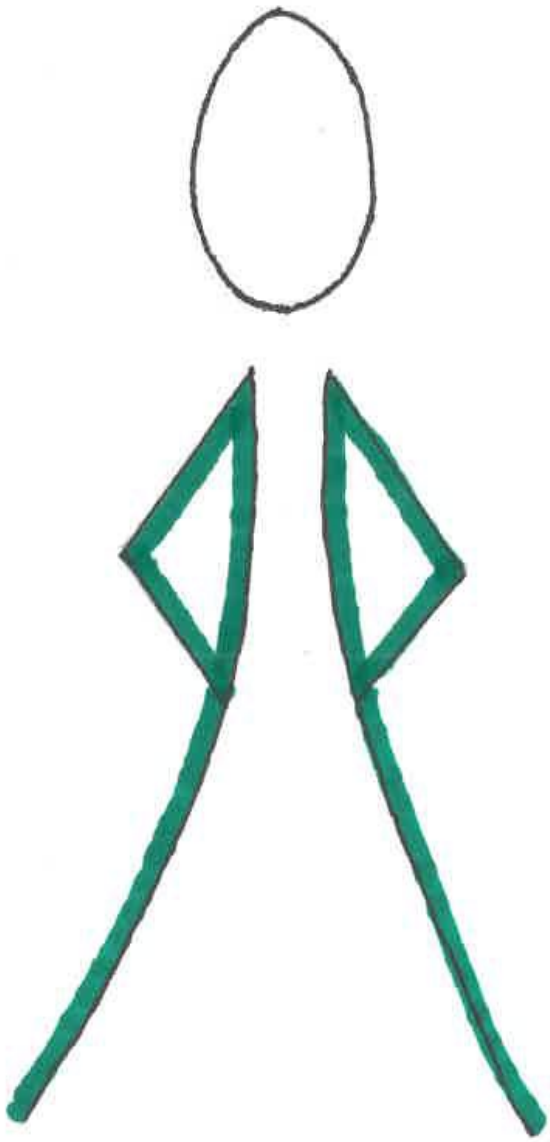
P. P.
2021

10.- El amor deshace los desajustes y recrea la armonía

Pedro reconoce que el amor es la clave para interpretar los enigmas humanos y para resolver los problemas de la convivencia y, por eso, confiesa que él lo aplica temiendo que, cegado y despistado, pueda actuar en contra de sus dictados. Pero no lo define como un mero impulso expansivo, sino que lo asume como la fuente de su enriquecimiento personal, como el factor que le genera mayores sufrimientos y, al mismo tiempo, como el que más goces le proporciona: lo ha hecho fuerte y valiente, y, también, vulnerable y cobarde. Frente a quienes lo confunden con el gusto, con el interés, con el deseo o con la pasión, él afirma que el amor, aunque ciego, incontrolable e imposible de frenar, se debe orientar hacia quienes sufren, aunque no despierten apetencias agradables ni beneficiosas.

Asume que la debilidad y la pobreza pueden ser los estímulos que generen y alimenten el amor que no es un impulso irracional ni un instinto sino una energía vital y misteriosa, una clave que dota de sentido al "sinsentido", una necesidad, una obligación y, además, un don y un buen negocio. Es una flor que, cultivada, no se pudre, no se calcina ni los vientos esparcen sus restos: es una chispa y un fuego que no se convierten en cenizas. Para ilustrar estos pensamientos recuerda la tarde que conoció a Josefa cuyos ojos inocentes le transmitieron la convicción de que "cuando uno ama se reunifica, se religa, porque el amor es la concreción de un paraíso ideal al que nos entregamos y que, por eso, el amor deshace los desajustes y hace que todo concuerde armónicamente"[2].

[2] Es sabido que, desde los mitos y desde la Antigüedad Clásica el amor ha sido uno de los temas fundamentales de la Filosofía y de la Literatura. Fue objeto de los análisis de Platón y de Aristóteles, y la Historia de la Filosofía nos muestra que, como afirma Freud en su obra *El malestar de la cultura*, el amor constituye uno de los fundamentos de la vida civilizada. Él llega a la conclusión de que, si nos adentramos



en la hondura de nuestras conciencias, descubrimos que las experiencias más gratificantes han sido las que, realizadas de manera gratuita, han nacido por un generoso impulso de amor.

11.- La salvación de la muerte

A partir del encuentro con Josefa va llegando a la conclusión de que sólo el amor –como también le ocurrió con Mati- nos salva de la muerte[3]. Ahora, gracias a ella, soporta mejor la constante presencia de la muerte que, desde la infancia, le hacía dormir mal y despertarse sudando y sobresaltado entre pertinaces pesadillas. Le seguía pasando por delante de su puerta y era uno de los muchos trámites que gestionaba en el Juzgado, le hacía sufrir y también le atraía como una droga dañina, como un imán siniestro. Al final la fue olvidando, "quizás porque no la quiso suficiente, porque no fue capaz de matarse para vivir con ella en la muerte".

La lucha constante entre el amor y la muerte, y el enfrentamiento en la imposible unidad humana y en la condición de dobles de nosotros mismos, fueron neutralizados por la sonrisa tímida e inocente de Josefa "que no ha perdido nunca, que no ha enturbiado ni el dolor ni los años".

Aquel amor descubrió su mejor yo, que, aunque "manifiestamente mejorable", tras comprobar que era para él el mejor antídoto contra el miedo, y que, además de sus mensajes alegóricos y simbólicos, era un eficiente instrumento que claramente le beneficiaba a él. Le hizo tomar conciencia de que su respuesta no era la adecuada porque su capacidad de amar era aún infantil porque lo seguía interpretando y viviendo como un "cobijo al miedo,

[3] A lo largo de todo el relato Pedro Sevilla muestra cómo la vida y la muerte forman una unidad indivisible e invaden todo el dominio humano: la muerte puede propiciar una nueva vida porque los hechos demuestran que, en realidad, significan dos partes complementarias de un proceso irreversible porque el tiempo cumple una función aniquiladora cuando reduce el capital potencial de la vida y acorta el horizonte, pero gracias al amor, se abre y se estimula la posibilidad de unas vidas más intensas.

como un impulso frente a la injusticia y como una inmunidad frente a la muerte. Tuvo que esperar que pasaran los años para ser capaz de entender que el amor es una respuesta generosa de entrega, de donación y que su grandeza estribaba en su capacidad de dar, más que en inspirarlo o generarlo: "Somos sublimes porque amamos, no porque nos aman"[4].

Tras reconocer que, a veces había utilizado a Josefa como "un cálido instrumento de lucha, como una bandera reivindicativa", finalmente descubrió que, cuando la vio como persona despojándola de "alegorías y de artificios", fue cuando realmente la amaba. Entonces pensó que sus convicciones morales encubrían su incapacidad amorosa, su impaciencia afectiva y advirtió que había algo que le costó derribar y que le impedía otorgar a los otros la categoría de persona.

Hasta entonces los otros habían sido seres que lo reflejaban, que lo sacaban de la invisibilidad. Por eso confiesa que, aunque quiso a Josefa desde aquella tarde de cine, no la amó hasta que se dio a ella: Josefa lo amaba y lo hacía ser, pero él le respondía con un amor deficiente hecho de rapiñas y de saqueos. Ya en la madurez entendió que el amor era "una donación y no una recaudación".

Tras sus paseos, al final los dos siempre acababan en la sede del partido hasta que Josefa se quedó embarazada y se concertó un matrimonio urgente para remediar el escándalo. Viajó a Madrid para examinarse y lograr la seguridad de la plaza que ocupaba en el Juzgado de su pueblo, y, durante el regreso en el tren fue olvidando sus ímpetus revolucionarios y se quedó dormido.

[4] No es extraño, por lo tanto, que sea el amor el contenido que llena de significado sus pensamientos, sus palabras y todas las actividades de su vida, ni que la ausencia de los seres amados vacíe de sentido sus objetos, sus espacios y sus tiempos.

12.- En solitario somos nada

En *El amor es ahora* (2019) Pedro confiesa que ha escrito este pequeño y bello libro sobre el amor para sentirse acompañado y querido porque –nos declara- en solitario somos nada, porque sólo somos cuando alguien nos saca de la invisibilidad mirándonos con sus ojos, para reconocernos y, por eso, él necesita ser mirado y autentificado. Le da miedo estar solo porque él sabe bien que es entonces cuando la muerte puede arrebatarlo. Por eso teme las noches, ese recordatorio diario de la muerte porque "la oscuridad es un águila negra que baja a buscarme a la alcoba".

El amor, la meta y el camino, la lección y el aprendizaje, el problema y la solución de la vida humana, es la explicación de su afán de leer y de su compromiso de escribir. Pedro parte del supuesto de que el origen de su impulso a amar está en su interpretación del término coloquial "mamá" como origen vital, aunque no sea etimológico, del que se derivan otras palabras con análogos significados como, por ejemplo, "amistad", esa relación cordial que él establece con su madre, la destinataria principal de esta obra que él le escribe, sin miedo y sin frenos, para que ella se sienta amada.

Si el amor es una tarea que exige el adecuado proceso de aprendizaje, un trabajo para disponer la vida porque "cuando todo está en orden" le regresa la alegría, el amor a la vida que no es otra cosa que la asunción de sí mismo… de ese yo que tiene sus mejores momentos cuando sufre, cuando se acerca a lo sagrado, aunque nunca desdeña la verdad de la alegría, la luz de la esperanza.

Reconoce, sin embargo, que sus impulsos están determinados por la fragilidad del destinatario. Es entonces y ahí donde él descubre que el amor,

el contenido y la razón de la vida humana, vive sus mejores momentos cuando se dirige a quienes sufren - "prosa picada por el dolor"- que pretende transmitir un mensaje de amor en la que cuenta toda una vida cuando la muerte ha regresado una vez más a su casa.

Si en su *El pueblo, ya sabéis* nos cuenta aquella niñez "sensual y carnal", en la que, gracias a las enfermedades, se suspendía su "biografía" y era feliz muriendo provisionalmente, ahora relata cómo el fallecimiento de su hermano menor, el Alzheimer de su madre y sus propias, diferentes y graves enfermedades -el cáncer y la leucemia- le van robando su pasado y saqueando la biografía. Es cuando se siente empujado a iniciar unas memorias adultas, escritas desde la duda y la angustia y con la intención de "desenterrar a los muertos con el azadón embotado y torpe de las palabras".

Su escritura será un prolongado ejercicio literario para recordar, más que los hechos, los sentimientos, los temores y los odios, ayudado por las fotos de aquel joven soñador "sin las cicatrices del futuro". Recuerda a los seres queridos que se le han ido para que le sigan hablando, diciéndole cosas, cuidándolo y orientándolo. Es posible que sea ahora cuando mejor comprenda, valore y siga sus consejos. Quizás éste sea el momento oportuno para captar la generosidad y la ternura para, con la mejor intención, ayudarles a sobrevivir.

Destaca las diversas dimensiones humanas –psicológicas, morales y sociales- de este testimonio de sufrimiento, de este procedimiento terapéutico para suavizar el impacto mortal de la pérdida de un hijo, de ese hachazo que supera todas las posibles heridas en el cuerpo y en el espíritu, de ese hecho dramático que cambia el trayecto de toda la existencia humana. Reconoce que, si es cierto que el fallecimiento de una madre altera las dimensiones y los valores de todos los objetos y episodios de la vida, ahora

descubre nuevas dimensiones aún más reales, más verdaderas y más lúcidas porque muestran las íntimas vibraciones de las propias entrañas.

Llega a la conclusión de que seguir vivos es mucho, sobre todo si seguimos siendo capaces de recordar, de agradecer, de imaginar y de amar. Ahora, con sus recuerdos es capaz de seguir conviviendo con personas que lo han acompañado durante épocas importantes de su existencia con quienes le han dado la vida, lo han alimentado y lo han educado. Ve con claridad que su vida actual es el resultado de muchas otras vidas que lo han acompañado, servido y amado. Recordar es, efectivamente, una manera de seguir agradeciendo los beneficios recibidos porque, a medida en que van pasando los años, él se va dando más cuenta de todas las personas que lo han ayudado y que, gracias a ellas, es lo que es y es como es.

Pedro está convencido de que la felicidad humana depende de la habilidad para estimular la imaginación y conoce a ricos que son unos desgraciados y a pobres que compensan el hambre con los alimentos que le proporciona la imaginación. Explica cómo con la imaginación comemos manjares deliciosos, bebemos licores exquisitos, olemos perfumes exóticos y palpamos cuerpos delicados porque, efectivamente, “la fantasía estimula los sentidos y los sentimientos”.

P. P.
2021

13.- La medicina del sufrimiento es el propio sufrimiento

El nacimiento de Ángela, su hija, alentó una esperanza nueva, una alegría capaz de cambiar el mundo y, también, una posible venganza. Entonces advirtió la necesidad de salvar aquellos instantes y decidió escribir poesía para, convirtiéndose en un personaje lírico, resolver sus dualidades políticas. Como en la vida, en la escritura su recurso fundamental es la paradoja[5]. Advierte cómo mientras su hija crecía, su hermano crecía hacia la muerte cada noche con la heroína en sus brazos. Si Pedro hacía piruetas entre el comunismo y el nacionalismo andaluz, su hermano "pasaba de la política" porque prefería llenarse la sangre de heroína para, entendiendo y palpando la música, importunar a un siglo XX que se desangraba en grandes guerras en la que los mejores caían engañados.

Frente a la imagen que Pedro Sevilla proyectaba como un revolucionario en la reserva y como un probo funcionario de la Administración, su hermano se vengaba escribiendo versos con la intención de construir un yo nuevo, elegante y dignificado. Si su hermano cambió la guitarra eléctrica por unas cuantas dosis, él disfrutaba viendo que su hija daba sus primeros pasos y crecía su nuevo hijo Pedro tras años del entierro de Salvador, el otro hijo que había nacido muerto.

Y fue, a partir de este momento cuando decidió componer versos auténticos nacidos de la verdad honda, de un deseo y de un ansia genuinos.

[5] Esta figura retórica y poética construida mediante oposiciones de palabras o de ideas diferentes es uno de los recursos expresivos más usados en los textos filosóficos, retóricos y literarios. Es un procedimiento para, además de llamar la atención, sorprender y estimular la reflexión sobre la complejidad de la realidad, para hacer reflexionar con el fin de que los lectores indaguemos o imaginemos unos mundos posibles y, a veces, gratificantes.

Su guía era Dostoievski que lo estimulaba para que se juzgara no por lo que era sino por lo que soñaba ser: un muchacho definido y conocido por sus versos, portadores de sus emociones desaforadas, de sus recuerdos adolescentes y de temores de muertes. Reconoce, sin embargo, que "un poema es un ser vivo ajeno a su autor", y que, a veces, son "agujeros negros" que, aunque salen a la luz por el exceso de vanidad, empiezan a descubrirle que el poeta ha de permanecer escondido con el fin de que sean sus poemas los que brillen porque, efectivamente, "un poema es un ser vivo ajeno a su autor, mucho más importante que su autor".

Pedro Soler y Francisco Casero, dos de los personajes más influyentes en su juventud, con sus rotundas luchas desde la paz, fueron quienes, sin saberlo, lo salvaron para lograr que siguiera escribiendo. También sentía el estimulante modelo de Julio Mariscal que reconocía que la poesía lo hacía más bueno, más triste y más misericordioso, unas virtudes que, al brotar de la hermosura, lo dignificaba, lo hacía otro y mejor ser. Aprendió que, si Julio Mariscal escribía para hacer música de su dolor, él lo hacía obsesionado, más que envenenado, con sus propias nostalgias.

Entonces fue advirtiendo que el dolor embellecía y hacía sagrada a la madre y que lo más digno que podía hacer ante ella era arrodillarse, postrarse ante el altar de su pecho, precisamente en el momento en el que el deterioro físico de su hermano era visible, su belleza se afilaba y sus ojos eran opacos, tristes, velados, taciturnos. Es cierto que la llegada del amor le propició unos meses de lucidez y de deseos de vivir, pero ya en su sangre navegaba el virus de sida que lo derrumbó y lo hundió aún más en la heroína. Finalmente su hermano se le murió a los treinta años, y su madre lloraba y el dolor la envejecía y se abrazaba a su hijo queriendo transmitirle su calor.

Meditando sobre el alto valor del sufrimiento Pedro reparó en la frase que su abuela solía repetir en los velatorios: “Conformidad, hijas, que Dios lo mismo da la llaga que la medicina”. Pero él estaba convencido de que la medicina del sufrimiento es el propio sufrimiento, su transformación en el aparejo ético que, sin dejar de doler, le da sentido. Pedro parte del supuesto de que las mujeres lo saben todo sobre el dolor, sobre el amor, sobre la muerte y sobre el olvido, y que están convencidas de que el dolor llega cuando se toma conciencia clara de la muerte. Él explica cómo el dolor es un fuego lento que tortura, dora, ennoblece y embellece a las madres.

14.- La escritura aleja la muerte

Partiendo de la convicción de que el escritor gestiona la eternidad y, por lo tanto, se debe despojar de todas las vanidades, Pedro reconoce que él no es puro ni rotundamente bueno, y que, por eso, desde muy pequeño se vio obligado a hacer algo importante como brillar en la escuela y obstinarse en escribir. Por eso, incluso, mezclando la piedad y la vanidad, decidió publicar sus versos reconociendo que "escribía una muerte en señal de venganza" y, por eso, se impuso la obligación de vivir dos vidas, la suya y la de su hermano.

Muestra su convicción de que su padre murió cuando decidió morirse, cuando se dejó morir, tras vivir la eternidad de una infancia en el interior de una guerra civil, pasando hambre, soportando el campo de sol a sol, amando a una mujer de luna a luna y yendo a Alemania para trabajar. A veces muestra su alegría por la muerte de su padre y, al mismo tiempo, experimenta una sincera tristeza (*Los relojes nublados*). Después es cuando este hombre fuerte se vino tan abajo con la muerte de su hijo que "dejándose acabar por el dolor, por la vergüenza y por el remordimiento" ni siquiera acudió al entierro.

Pedro confiesa que, estimulado por la mujer y por la muerte, los dos grandes motores de su existencia, en medio del dolor por las muertes de su hermano y de su padre, sentía una pasión arrolladora, un deseo de amar, de vivir cien vidas y de abrazarlas a todas. Porque, efectivamente, la clave universal y secreta de todas esas contradicciones reside en la oposición vida/muerte. Como claramente él afirma:

> La muerte, el silencio eterno y duro, es tan caprichosa que a veces se aferra a la vida porque no necesita permiso para agarrarnos las manos y tiene como único objetivo el fin de los días. La muerte es inherente a la vida, "aunque cueste aceptarlo". Por mucho que pretendamos hacernos los despistados, la muerte es nuestro acompañante más fiel desde el instante del nacimiento.

Reconoce, además, que, de la misma manera que los sufrimientos que acarrea -independientemente de sus circunstancias- pueden ser agravados por una inadecuada preparación o pueden ser suavizados por una correcta ayuda: igual que la zigzagueante ruta de la vida, el trance de la muerte puede ser bueno, malo y horroroso.

A pesar de que sigue percibiendo el vacío de un mundo luminoso en una primavera muerta, sus sentimientos hacia su padre cambiaron tras descubrir que sus actitudes y sus comportamientos estaban movidos por su voluntad de ser un referente de fortaleza: "ahora lo quería con solidaridad masculina, lo quería y lo comprendía".

Por eso escribe una prosa que, ya exenta de vanidades, de segundas intenciones, es más una modalidad de lucha contra aquel olvido que, según su modelo Julio Mariscal, "es la muerte definitiva, la más muerte de todas". Llega a la conclusión de que un muerto nunca es un muerto para quien lo ama porque mientras que el amor permanezca, nuestros seres queridos seguirán con algo de vida en las cosas que nos dejan, en sus palabras que siguen resonando en nuestros oídos, en sus ideas que permanecen grabadas en nuestras mentes, en sus emociones que se han mezclado con los humores de nuestros sentimientos.

A partir de entonces reconoce que, sucumbiendo y, a veces, templando las pasiones, se va hundiendo en la realidad cotidiana, desconocida y

fascinante de la introspección y elevándose aplicando la imaginación durante la contemplación del paisaje, del trabajo, del paseo, de la conversación, y estrechando los vínculos de la solidaridad. Con esta fórmula pretende evitar el hundimiento mortal y salvar la vida flotando tras las heridas y los dolores de las pérdidas mortales.

En el fluir de estos relatos literarios late un modelo personal de vida humana porque contiene, expresa y explica la necesidad y la obligación de cultivar los valores humanos para alcanzar una elevada calidad de vida. Como afirma María del Carmen García Tejera, "cuando amamos verdaderamente a una persona, la amamos para siempre porque los recuerdos evitan la desaparición total y devuelven la presencia, una nueva presencia". Sus textos nos confirman que las enseñanzas más importantes para el crecimiento humano las recibimos de los ejemplos que nos han ofrecido los hombres y las mujeres normales –y, por lo tanto, extraordinarias- con los que convivimos diariamente, esas personas sencillas que nos proporcionan esperanzas, estímulos y fuerzas para mejorar. Aprendemos mucho más con sus conductas que con las ideas explicadas en los libros de ética, de filosofía y de pedagogía.

El patrimonio más valioso y, si lo administramos responsablemente, el más rentable, es la vida de quienes, sin proponerse dar lecciones, son nuestros modelos de identificación. Recordar es la forma humana de mantener con nosotros a nuestros seres queridos y una manera de seguir contando con quienes nos han acompañado: es un modo de volver a escuchar sus voces, una ocasión para agradecerles sus servicios y una oportunidad para animarnos a la imitación de sus comportamientos.

La memoria es fuente de bienestar presente y una promesa de esperanza futura. Las vidas de esas personas fueron y siguen siendo los

motores dinamizadores de nuestras vidas. Los textos de Pedro Sevilla nos explican y nos demuestran que las huellas de una persona en la vida de otra son, efectivamente tan indelebles que no las puede borrar ni la misma muerte. En mi opinión, estas obras ponen de manifiesto, además, cómo el lenguaje literario aumenta el poder persuasivo de la palabra como instrumento para animarnos a vivir y a luchar: Vivir es siempre luchar, pero luchar no es siempre vencer, y vencer no es siempre sobrevivir.

En estas autobiografías literarias -como ocurre, por ejemplo, con los relatos de Rafael Sánchez Ferlosio, de Juan Rulfo y, sobre todo, de Marcel Proust- Pedro Sevilla penetra en el interior de sus sensaciones, de sus emociones y de sus pensamientos guiado por su habilidad para dar rienda suelta a su sensibilidad, gracias a su dominio del lenguaje literario y, en especial, a su penetrante manera de mirar y de admirar para descubrirnos el alma de las cosas.

15.- Bucear para descubrir quién es él

En *Extensión 114* explica la misión que asume un ser humano cuando se decide a escribir y propone una definición original y aguda de la creación literaria. En contra de lo que le ocurre a "la gente normal que vive sin notarlo", Pedro Sevilla, aunque asustado y aterrado, se muestra heredero de una manera literaria de pasar por el mundo, formando parte de una saga curtida y apaleada por el dolor, y se decide a bucear para descubrir quién es él realmente, para identificar esa persona que todas las mañanas se disfraza con la intención de representar el papel asignado en la función que realiza cada día.

Por eso escribe para seguir caminando por una senda que, como a todos nosotros, lo conduce "con la mayor naturalidad del mundo, a ocupar la plaza de eternidad que tienen reservada en el cementerio". Él está convencido de que a la muerte le debemos toda la moral, todo el sentimiento de la justicia, porque, "sin apagarnos nunca, seríamos unos dioses perennemente iluminados de tiranía", porque la muerte es un episodio desvergonzado, impúdico, y su exhibición pública debe hacerse con las máximas cautelas.

Partiendo del supuesto de que no se puede escribir desde el vacío sino desde el dolor, desde la angustia, desde la belleza o desde el buen humor, él decide convertir en literatura la pasión, la muerte y el dolor, y explicarse en una lengua roja y bella como lo hace "la llama más pura que surge del humo más negro y encrespado". Quizás su afirmación más categórica la hace en *Los relojes nublados* cuando refiriéndose al sexo declara que esa es la señal de que "el amor y la muerte son una misma cosa", o "las dos caras de algo

que es lo mismo". Durante todo su proceso creativo, siempre que tiene oportunidad confiesa que lo atenaza el miedo al vacío, "infinitamente peor que el miedo al dolor", y que, por eso huye de la Naturaleza, tan insensata, para adentrarse, por ejemplo, en el campo culto y cultivado, en los sembrados de remolacha cuando empiezan a brotar con un verde tierno y limpio, un verde infantil: "Qué diferencia en tan sólo unos metros: aquello es el vacío, la Nada, todo lo que hubiera sido este planeta si no aparece el hombre".

Si, por ejemplo, noviembre es una campana que dobla a muerto, que hace temblar el aire y forma círculos concéntricos en el tiempo, también es un sendero luminoso de rosas otoñales: un mes de postrimerías y rosas, de belleza y muerte que él vive aturdido, arrebatado, herido por la luz, ética y pura que emana de los muertos.

Pedro se decide a escribir para no olvidar a las personas a las que ama, porque, si le duele que su madre, su hermano o su padre estén muertos, más le lastima el hecho de que, mediante el olvido, él, convertido en un ser amoral, insensible e impasible, los pierda definitivamente mediante el olvido. Su decisión de escribir está determinada por un impulso ético de regenerar y de vengar esas muertes con prosa y con flores: por un urgente y sincero compromiso moral de luchar, a través de la belleza, por la justicia y por el amor, ese impulso que nos saca nuestro mejor yo.

Por eso emplea la imaginación y la emoción, el ritmo y la melodía literarias como los cauces sonoros de su vida. Pedro está convencido de que la belleza nos impulsa a la ética y de que el amor nos hace más buenos a pesar de los desasosiegos originados por su pecaminosa concepción impulsada por la pasión de dos cuerpos que se devoran:

> Mi nacimiento fue un pecado muy grave, así que no me extraña este sentimiento de culpa que no me abandona nunca. En aquellos años

> la moral de este pueblo era asfixiante y nuestra madre debió sufrir mucho, debió pagar muy caro el pecado mortal de mi nacimiento.

Sin embargo, consciente de que su función es sufrir y escribir, se decide a emular a esos campesinos que, como su padre, con sus manos escriben sobre la tierra la prosa verde y recta en el cuaderno del campo verde alineado de remolachas. Igual que ellos, él pretende hacer más digna nuestra especie, pero, sorprendido por su capacidad para gozar de la belleza y para vivir la vida, le apesadumbra y se siente indigno de los seres que ha perdido y le resulta duro que le atraiga la vida y le haga gozar a pesar de todo: "Me ha molestado siempre ser feliz, estar de acuerdo con el mundo, porque me parece una falta de ética". Sin embargo, a pesar de que tiene miedo porque ve la muerte entre tanta vida, está dispuesto a retornar porque vivir es volver.

Reconoce que la deuda contraída con su madre, ese ser de ojos azules que, durante su infancia, le transmitió la convicción de que la solidaridad, más que el amor, es la luz que ilumina este mundo:

> El amor puede ser una dominación y la ternura una limosna, pero la solidaridad es limpia y enlazados en ella hemos atravesado nuestra madre y yo todos estos años de biografías compartidas, muertes familiares y otros eventos consuetudinarios.

Y es que su madre, como otras muchas mujeres, con su trato especial con la muerte, se movía en ella con normalidad, con cordialidad y con desenfado.

16.- Los sentimientos y las convicciones se transforman.

En Cádiz perseguía en la radio y en la prensa unos datos incontestables sobre la posibilidad, la conveniencia y la necesidad de que una nueva guerra -como la que le habían hablado durante su niñez- arreglara las lacerantes injusticias económicas y sociales que él advertía en todo su entorno. Si durante la infancia tranquilizaba los remordimientos "metiéndose en la cabeza que él no era culpable de sus sentimientos", ahora, durante su permanencia en la capital, se fue despojando de aquellos sentimientos de culpa pensando en que, quizás, estos cambios fueran una manera de hacer concordar los pensamientos de culpa con la luz del arrepentimiento porque, tras el deterioro de su hermano, él se culpó de haberse librado de la heroína y reconoció que el sentimiento de culpa es un motor hacia la bondad y, por lo tanto, un resorte moral.

Sus sentimientos cambiaron cuando a la muerte de Franco se forzaron los puentes de la libertad y algunos falangistas acudieron al pueblo armados con sus pistolas e hicieron uso de ellas, disparando hacia arriba, "como para matar a Dios". Sentía que la vida lo estaba llamando y decidió hacer algo, a su juicio menos grave, aunque no menos inocente: afiliarse al Partido Comunista. Lo hizo, sobre todo, porque era ilegal, clandestino y "a un adolescente no hay nada que lo encienda más que la penumbra de lo prohibido".

Desde entonces también acudía con sus amigos a la sede de la UGT para hablar de política, para recibir consignas, para leer a Antonio Machado y para ver películas pornográficas. Pero su padre lo sacó de ese ambiente

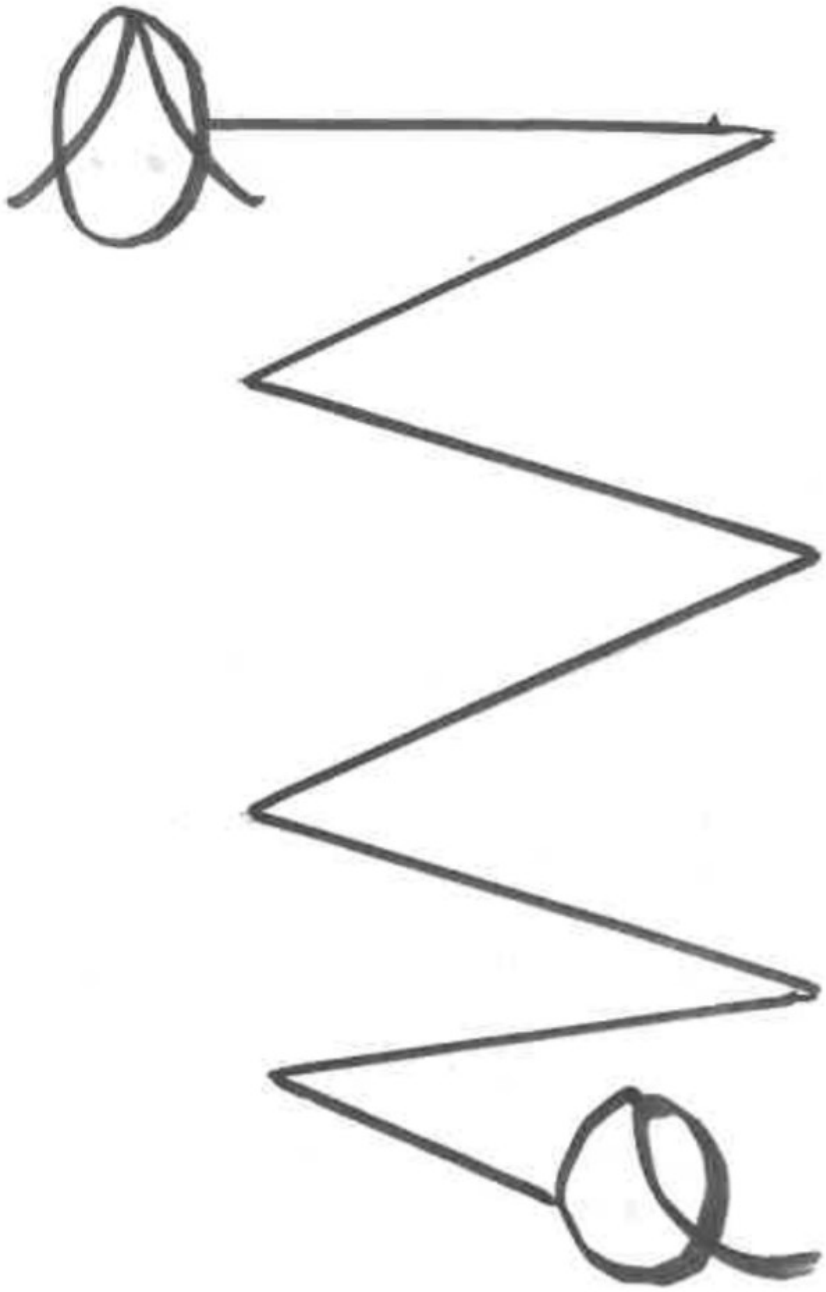
“prebélico” obligándolo a que lo acompañara a trabajar en la castra de la remolacha. Fue un castigo que lo convirtió en un hombre, en un “jornalero en condiciones”. Y, efectivamente, fue allí donde su padre le dictó inéditas lecciones de ternura, torpes y conmovedoras. Allí comprendió que su padre era “dos”, pero, al mismo tiempo “un hombre de una pieza”. Y por eso Pedro, desde entonces repite que le obsesiona esa dualidad de bondad y de maldad que siempre están mezcladas en todos o en muchos de nuestros comportamientos.

17.- Las fiestas nos unen y nos reúnen

Pedro Sevilla valora las celebraciones populares como invitaciones a la convivencia humana, como ocasiones propicias para que acortemos las distancias, para que nos acerquemos los unos a los otros, para que suprimamos las desigualdades, los escalones y las barreras arquitectónicas, económicas y sociales. Describe los espacios y narra los tiempos que él transforma en universales y en eternos viviendo y reviviendo las sensaciones de aquel niño que "no vivía en el tiempo sino en la eternidad",

Las emociones de su niñez explican sus convicciones de que los seres humanos somos eternos porque la experiencia de la brevedad de la vida las adquirimos cuando alcanzamos la ancianidad. Se imagina un belén viviente en la calle del Molino de su pueblo, como una llamada visual para profundizar en la manera de sentir, de vivir y de convivir hermanados. Dibuja con hondura, por ejemplo, la sorpresa y el temor que manifestó la "pobre muchacha María", tras recibir el anuncio del ángel Gabriel de que se quedaría embarazada y su incapacidad para explicarlo a su familia, a sus vecinos y, sobre todo, a su esposo José.

Muestra su perplejidad ante las dudas de un Dios que, "desvalido, anhelante, espera la palabra, el sí, de una muchacha pobre" y que, en vez de venir "cuajado de majestad", nace necesitado de ayudas para dar sentido al dolor de los hombres y para lanzar el mensaje revolucionario: amar a los que nos aman y a los que nos odian, responsabilizarnos del otro y asumir la obligación de ver al otro como un ser sagrado. El belén le sirve a Pedro para explicar que la Navidad traduce el mensaje de que Dios se hace hombre para hacer al hombre divino.



18.- Las ceremonias transforman la eternidad en tiempo real

El paso del tiempo se transforma en vida y la vida se humaniza en la medida en que los niños van descubriendo los significados de las cosas y los sentidos de los comportamientos. Por eso cumplir años es para Pedro experimentar sorpresa ante los comienzos y los finales de los episodios. Los cambios de luces, las vacaciones, los ritos, los vestidos, las ceremonias y, sobre todo, las procesiones de la Semana Santa de su pueblo le descubren una manera de transformar la eternidad en tiempo y el reconocimiento de que todas las experiencias poseen unos finales.

Explica cómo la Semana Santa vive y crece en la memoria de aquel niño que él fue y cómo la edad es una enriquecedora fábrica de recuerdos, de fecundas semillas que van germinando. En mi opinión, su aportación más importante es la conclusión de que esas sensaciones y esas emociones primerizas se transforman en ideas y son semillas que florecen y fructifican en sus concepciones de la vida y de la muerte, del gozo y del dolor, de la alegría y de la tristeza o de la colaboración y de la solidaridad, del amor y del perdón, y, sobre todo, de la esperanza de un renacimiento y de una resurrección.

La imposición de la ceniza, los ensayos de los armaos, los zapatos, el "yersi" azul, el agua de colonia y el corte de pelo para presenciar las procesiones harán posible que sus hijos y sus nietos revivan su pasión por la Semana Santa, y, además, que experimenten la tristeza por la ausencia de los que ya se despidieron y que ahora la viven desde otra perspectiva más lejana.

Descubre cómo las mujeres van detrás de la Virgen para acompañar en su dolor a unas vecinas que han perdido a sus hijos por culpa de la droga,

como la Virgen de la Amargura que ha perdido a un hijo al que llevan a crucificar. Interpreta y valora este acto como un gesto de solidaridad vecinal en el que las vírgenes son mujeres de verdad acompañadas por mujeres de verdad tan doloridas y tan tristes como ellas. Y, por eso, está convencido de que cantar a la Virgen es cantar a las mujeres.

> Lo que hizo la Virgen lo hacen todas las mujeres del mundo cuando nos echan al mundo: comprometerse con el dolor, exponerse a la certidumbre del dolor. Concebir un hijo es poner el corazón en todo y en todos los que sufren porque el pueblo es un grupo humano diverso cuya intrahistoria común es su manera de condolerse, llorar, temblar y sufrir sus dolores, acompañando los sufrimientos de los Cristos. Simón Cirineo representa a los cirineos de la tierra que ayudan a otros a soportar sus cruces.

Su fe, más que su ideología, le exige esperar en un perdón sin orgullo ni desprecio que es otorgado cuando aún nos duele la afrenta, cuando aún el dolor está en carne viva. Por eso, él "no cree en los perdones colectivos, ni institucionales". Recuerda cómo "El Cristo del Perdón pide que se perdone a sus asesinos" cuando más le duele a él, porque su aceptación engrandece y su superación ennoblece. Por eso afirma que "la muerte no puede tener la última palabra" y, por eso, defiende que se dé una mayor importancia a la celebración de la Resurrección.

19.- La eternidad del verano infantil también se termina

Los veranos de su niñez, luminosos y eternos, muestran cómo el tiempo y la luz son presentes absolutos, eternidad verdadera para los niños y para los muertos. ¿Por qué? Porque los niños están dotados de poderes reales –naturales, sobrenaturales y mágicos- para trascender sus objetos y sus experiencias, para transformar en proyectos sus permanentes descubrimientos:

> El niño es un rey, un monarca de la luz que convierte en un tesoro mágico todo lo que toca, todo lo que mira que guardará para siempre en el seno de su memoria.

En mi opinión, la propuesta más sorprendente por su originalidad y por su profundidad es la definición de la niñez como un período trascendente por su capacidad para descubrir y para crear una nueva vida humana luminosa mediante la "encarnación". Por eso Pedro cuenta su infancia como el imperio de los sentidos, como la etapa –quizás la única- de la vida carnal en la que "siente con el cuerpo, mira, oye, huele, gusta y toca sin ningún aditamento psicológico o ético".

Después, serán las experiencias las que le proporcionarán diferentes fórmulas para transformar las sensaciones en metáforas, en términos cultos que, para que el sexo no sea un comportamiento soez y sucio, se denomine "erotismo", o para que el placer de la comida en vez de consistir en devorar animales y vegetales, la designemos con el nombre de "gastronomía".

El verano de su niñez era para Pedro la época propicia para cultivar la amistad, esa atmósfera indispensable para iniciarse en las conductas humanas como cuando descubrió que Manolo criaba cerdos que vendía en

Navidad, y que, con Rafael y Antonio, se comían brevas junto a las higueras o higos chumbos en los vallados, o cuando observaban las risotadas de los hombres por el apareamiento de las bestias o se subían a las tapias del cementerio, desde donde divisaban el misterio insondable de la muerte porque,

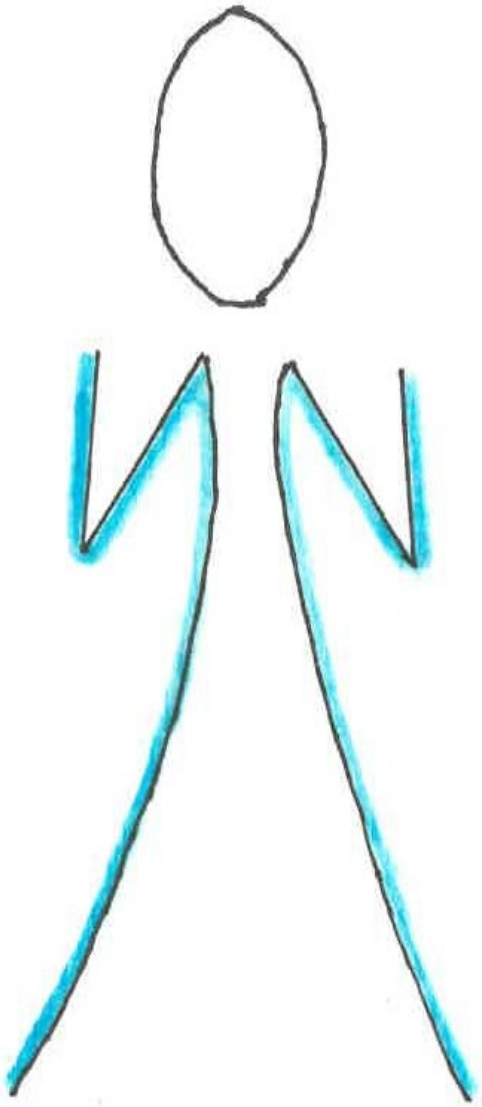
> con tanta luz, con el sol quieto sobre el cielo, eternizado de lentitud, la muerte nos parecía, tan tétrica y definitiva como durante la noche, cuando me asaltaban los miedos.

Él se olvidaba pronto al advertir que la muerte les pasaba a los otros. Entonces era cuando miraba las motas de polvo que se trasladaban con un majestuoso silencio y no como ahora, que las siente ahondando en su pecho, modelando su espalda, ahormando sus zapatos para el largo viaje.

El verano le propiciaba la oportunidad para sacralizar el tiempo como, por ejemplo, el de la siesta, esa "madrugada blanca", quieta, vacía e iluminada por una alada luz y por un silencio sólo turbado por los pregones del carrito de los helados, del afilador, de la mujer de los higos chumbos o del que, quizás, vendía cigalas. Era el espacio favorable para el aburrimiento creativo en el que, vuelto hacia sí mismo, se escudriñaba y estudiaba observando las motas de polvo, mirando el techo blanco de la alcoba, y, medio dormido, "aprendía más que en los libros de texto de la escuela". Este tiempo sereno contrastaba con el de la "fiesta vecinal" de las noches de verano en las que las mujeres pasaban las horas hablando por hablar, en las puertas de la calle mientras las estrellas transitaban.

Pero la luz del verano también se oscurecía cuando, paradójicamente, favorecía las ocasiones para sufrir pérdidas dolorosas y definitivas como, cuando el río se llevaba a alguno de sus amigos, devorando a los más débiles y a los más inexpertos. Menos mal que él se libró gracias a los alpargatazos y a los besos de su abuela. Los olores, los sabores, los días infinitos, las

noches rubias de estrellas, a pesar de los niños ahogados, gracias a la paga extra del 18 de julio, a la procesión de la Virgen de las Nieves, al olor a remolacha que los camiones transportaban a la azucarera de Jédula y, sobre todo, al Niño carnal, al Niño Dios que él supo que fue eterno en aquellos veranos. Lo malo es que durante la eternidad del verano también le creció el pelo y tuvo que pelarse para, al final, regresar a la escuela.



20.- La escritura proporciona una nueva eternidad

Cuando, expulsado del verano, llegaba la Feria de San Miguel era una nueva eternidad paradójica en la que la convivencia se iba haciendo más íntima, la luz menos clara y el tiempo más corto hasta que, finalmente, la madre lo sacaba de la eternidad de una manera trágica anunciándole que, al día siguiente, tenía que ir a pelarse para regresar al colegio. Los tres días de la Feria habían sido eternos sí, porque una eternidad de tres días y la expulsión de esa vida eterna le generaba angustia por la convivencia en el mundo de los mayores en el que, con una la luz menos clara, el tiempo ya se computaba en los almanaques. Pero fue entonces cuando descubrió otra eternidad más duradera y definitiva: la eternidad de la escritura literaria.

Ahora llegaba a la conclusión de que la infancia no constaba de una única eternidad, sino que, en su tiempo sin tiempo, él permanecía dentro de eternidades que contenían otras eternidades, y así hasta la eternidad definitiva.

> El verano era una eternidad amarilla dentro de la eternidad azul de la infancia, que, a su vez, estaba encapsulada en otra eternidad anterior a todo, que era sagrada, misteriosa e inaccesible.

Todas las noches, cuando se acostaba después de llegar de la Feria, le envolvía una extraña congoja, una melancolía hecha de sonidos, de visiones, de olores que casi le hacían llorar. Entonces no lo sabía, pero después fue descubriendo que era la vida, la misma vida que lo utilizaba como transmisor de su propia nostalgia, de su tristeza de un payaso que trata de hacer reír pero que por dentro está poblado de soledades. Cuando, por ejemplo, con sus amigos presencia el desmontaje de las atracciones, todos experimentaban la

tristeza de la despedida de esa eternidad feriada en la que todo había sido posible.

En sus cuadernos, tan blancos, tan virginales, ya vislumbraba la posibilidad de escribir para ordenar su mundo y para ordenarse por dentro. Casi siempre se sentía invisible, inservible, insignificante, y no sabía por qué creía – y aún lo sigue creyendo- que la escritura le daría entidad y "lo haría ser".

Ya después, en *Los relojes nublados* relata cómo Miguel Ortiz, al llevar flores a la tumba de su padre era cuando lo consideraba como un esclavo del tiempo. Entonces comprendió que los vivos y los muertos mantienen una guerra de incompatibilidades porque sus tiempos poseen distintas dimensiones. La noche del entierro de su padre no fue capaz de dormir, pero reconoce que no era porque escuchara sus voces porque "los muertos tienen ya bastante noche encima como para querer vivir las noches de los vivos".

22.- Las adicciones matan

En *Los relojes nublados* Pedro explica la conclusión a la que llega tras advertir los resultados de sus experiencias: que las adicciones son las maneras dolorosas de hacer que los tiempos se vacíen y los procedimientos infalibles "para vivir sin vivir". Reconoce que los riesgos son permanentes porque incluso el descontrol de las medicinas que sirven para suavizar la dureza de los dolores físicos o de los sufrimientos mentales, puede tener consecuencias mortales. Si el alcohol, por ejemplo, es un estimulante de emociones saludables, el alcoholismo, por el contrario, es una permanente lucha, a veces ineficaz, que deriva en enfermedades crónicas. Si las aficiones son válvulas de escape que nos ayudan a reducir la ansiedad, cuando se convierten en adicciones generan dependencias psicológicas y fisiológicas que pueden ser mortales.

Por eso cuenta cómo Joaquín, que llevaba veinte años sin beber después de una juventud no vivida, sabía que una sola copa le llevaría de nuevo a la tumba, por eso "no se cree nada, ni se fía de nada", por eso estaba convencido de que era muy peligroso que un alcohólico en sobriedad atendiera a otro borracho, porque, efectivamente, él podía caer de nuevo. Recuerda cómo algunos

> alcohólicos con treinta años de sobriedad habían vuelto a beber en su intento de auxiliar a un borracho, cómo a veces se ahogan tipos robustos tratando de salvar a un niño atrapado en las aguas.

Los alcohólicos -confiesa Miguel- siempre seguimos dependiendo del alcohol y lo necesitamos "para charlar con alguien, para olvidarnos de lo que hicimos la noche antes y que no somos capaces de recordar, para comer, para

dormir. Y, por supuesto, para follar". Joaquín, que también había sufrido bastantes experiencias, le repetía una y otra vez algunas de sus historias y la conclusión a la que había llegado: que las más dañinas son las que generan una más rápida adhesión.

Miguel y Lola celebran que, a pesar de las dudas, los errores y las culpas, su salvación, tras vacilaciones, errores, pérdidas y enfermedades, cuando ya eran dos "cincuentones adolescentes, en un parque de otoño, acurrucados bajo un paraguas, porque caía una lluvia lenta y somnolienta, y aunque su dolor real fuera "omnipresente, abarcador y enaltecedor", podían seguir hablando de amor como adolescentes de verdad. Recordaban cómo de chavales querían que la vida los tratara en serio, querían sufrir para sentirse importantes, pero ellos ahora sufrían de verdad, hacían verdad sus dolores.

> Advertían que la gente pasaba bajo sus paraguas y los miraba parados entre las flores municipales. Ya estaban acostumbrados y no les importaba lo que pensaran de ellos, de su adolescencia tardía e intempestiva. Lola y Miguel sufrían y se amaban y no había nada más importante que eso.

Bibliografía

Obras narrativas de Pedro Sevilla

Novelas

- 2000, *Extensión 114*, Cádiz, Quórum Libros
- 2002, *1977*, Cádiz, Quórum Libros
- 2014, *Los relojes nublados*, Sevilla, Espuela de Plata

Memorias

2011, *La fuente y la muerte*, Sevilla, Renacimiento, 3ª ed., 2021),

2018, *El pueblo, ya sabéis*, Sevilla, Libros Canto y Cuento

2019, *El amor es ahora*, Sevilla, Libros Canto y Cuento

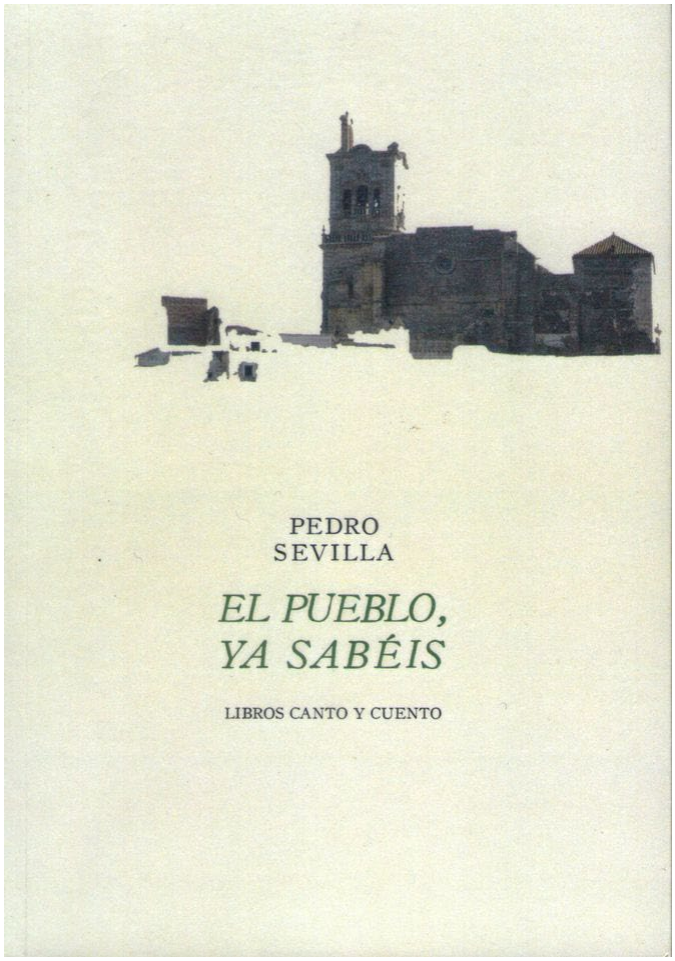
Apéndice

Perfil literario de Pedro Sevilla (Arcos de la Frontera, 1959)

Es uno de los fundadores del grupo y la revista *Calima*. Además de poeta, es autor de novelas, libros de memorias, ensayos y artículos de prensa. Siempre ha residido en Arcos: fue Concejal de Cultura en su Ayuntamiento entre 2003 y 2004. Muy vinculado a los poetas arcenses, ha estudiado y antologado la poesía de Julio Mariscal (de quien se considera discípulo) y de otros poetas. Es, en la actualidad, uno de los mayores impulsores de las actividades poéticas y culturales de Arcos, junto con Pepa Caro.

Tanto la poesía como la narrativa y los libros de memoria están construidos precisamente sobre una revisión muy personal acerca del poder de la memoria, de la evocación, del recuerdo.

María del Carmen García Tejera



El pueblo, ya sabéis
Pedro Sevilla
Editorial Libros Canto y Cuento
Jerez de la Frontera (Cádiz), 2018

El pueblo, ya sabéis es un breve libro de memorias de infancia publicado por Pedro Sevilla. La recuperación del pasado, de su propio pasado, es un elemento recurrente en la obra del autor arcense: libro de memorias es también *La fuente y la muerte* (2011), pero si rastreamos toda

su producción –tanto en verso como en prosa- podemos hallar -de forma tácita o explícita- frecuentes referencias autobiográficas que, a menudo, nos remiten a su niñez.

Pero no confundamos autobiografía con narcisismo. En este libro –que toma su título de los versos de su paisano y maestro, el poeta Julio Mariscal-, Pedro Sevilla, a través de la evocación de su propia experiencia, configura la realidad y se configura a sí mismo como ser humano, desde el niño que fue al hombre que ha llegado a ser… sin perder nunca de vista esa sensación única e irrepetible con la que el niño –él se declara "un niño viejo"- va descubriendo el mundo que lo circunda y, sobre todo, se va descubriendo a sí mismo.

Porque, a diferencia de los adultos (que pasan la vida midiendo el tiempo, en lucha perenne e inútil con él), afirma Pedro Sevilla que "… los niños no viven en el tiempo, sino en la eternidad.", lo que explica esa capacidad de sorpresa que desarrollan ante cualquier acontecimiento. Así, los recuerdos de infancia que el poeta trasvasa a este libro, aunque nos sitúan en un lugar concreto (Arcos, su ciudad natal) y en una época (los años sesenta del pasado siglo XX), se circunscriben a una serie de festividades o periodos que constituyen las verdaderas marcas infantiles en ese discurrir cíclico de la naturaleza, de la vida. Así, Pedro Sevilla divide este libro en cuatro apartados: "El pueblo en Navidad", "El pueblo en Semana Santa", "El pueblo en verano" y "El pueblo en Feria". Completa este recorrido con una última sección, "El pueblo en imágenes", interesante repertorio gráfico que nos permite visualizar tanto a esos protagonistas de sus recuerdos como al paisaje, las costumbres y formas de vida de aquella época. Todo ello recogido en una atractiva edición de Libros Canto y Cuento.

El autor está convencido de que "La niñez es la única etapa de la vida eminentemente carnal", por lo que "Contar una infancia es contar el imperio

de los sentidos". Algo que él logra plenamente a lo largo de estas páginas al evocarnos sensaciones inefables cuando escribe "de la luz de ese mundo, de la piel rugosa de los olivos, del dulzor de las brevas. Y del olor de los cochinos.". Páginas cargadas de esos momentos eternos, de episodios que marcan ya para siempre una vida, de preguntas sin respuesta, de esa inquietante lógica infantil que –afortunadamente- sigue viva en sus recuerdos, en estas memorias de infancia sobre los que él ya desde el presente, cuando han transcurrido –ahora sí hablamos del paso del tiempo- más de cincuenta años, arroja la luz de una mirada transparente, serena y lúcida, entreverada de reflexiones y de nostalgia pero también de gotas de humor, de ironía.

Imposible e inútil circunscribirnos a una sola de las numerosas y sabrosas anécdotas que narra Pedro Sevilla en este libro. Pero sí queremos resaltar sus propias palabras cuando apunta la posibilidad de que en su infancia se halla el germen de su posterior oficio de escritor, en esos cuadernos escolares, "… tan blancos, tan virginales, ya vislumbraba yo la posibilidad de escribir para ordenar mi mundo, para ordenarme por dentro."

En efecto, ese niño que fue –que aún es- ya llevaba sembrada la semilla de la creación, más tarde germinada en este "fabricante de recuerdos". No; el suyo no es un ejercicio narcisista porque en sus recuerdos todos tenemos cabida; me refiero a todos los que nos sentimos identificados con el poeta en la recuperación de ese tiempo ¿perdido? de nuestra propia infancia. María del Carmen García Tejera

Pedro Sevilla

En un mundo anterior

Sevilla, Ed. Renacimiento, Col. Calle del Aire, 2022

La evocación de la infancia –de su infancia- es un elemento recurrente en la obra de Pedro Sevilla (Arcos de la Frontera –Cádiz-, 1959): está presente en sus poemas, en sus novelas y por supuesto en sus libros de memorias. Y no

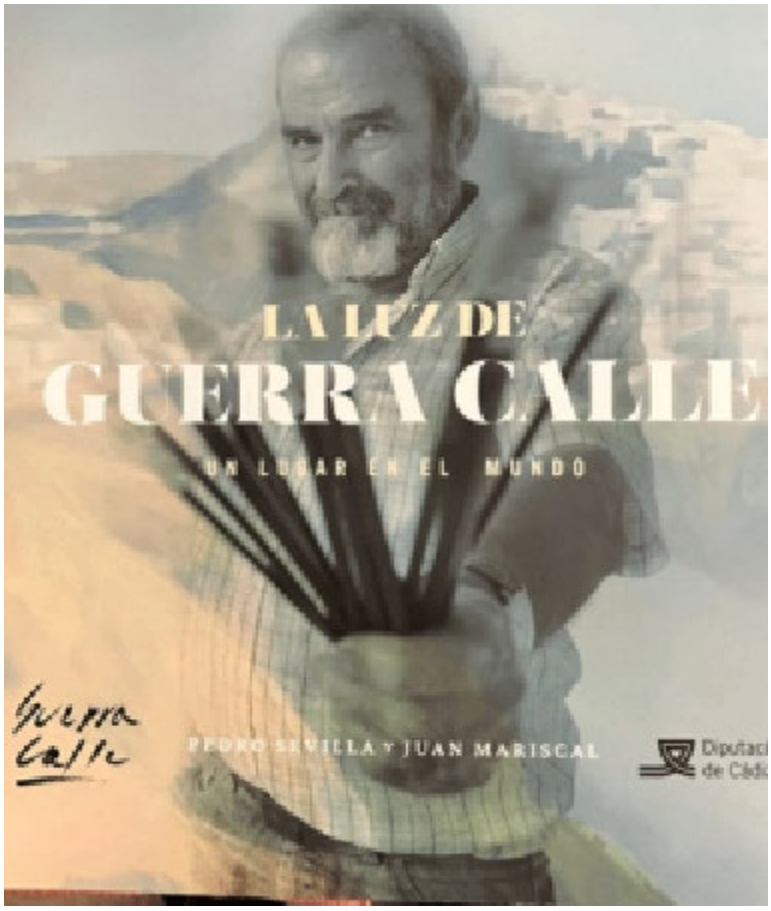
es que el autor suscriba el manriqueño “cualquier tiempo pasado fue mejor”: ocurre que este poeta es capaz de abrirse paso entre las trampas que teje el tiempo en torno a su propia historia, romper sus cortezas, desbrozar la maleza que lo oculta y recuperar la almendra, la quintaesencia de ese tiempo ido –o eso dicen algunos- para transformar los recuerdos en savia que nutre y enriquece el presente; en mantener la conexión total entre su ayer y su hoy.

Creo que estas premisas pueden ser útiles para adentrarnos en la lectura de *En un mundo anterior*. Una vez más el poeta arcense recupera momentos de su infancia para trasladar a sus versos sensaciones y emociones que son de ayer pero que siguen hoy igualmente vivas, incluso más vivas: la sonrisa materna, el olor de la ramita de romero compartida con su madre, anécdotas, escenas y lugares que configuraron su niñez pero que aún se encuentran inevitablemente adheridas a sus más íntimos sentires y se trasladan a sus poemas en un verbo tan limpio como sugerente, porque Pedro Sevilla sabe poner en práctica lo que afirma en uno de sus versos: “un idioma es belleza, canto y cuento.”

“El tiempo, otra mentira”, sostiene. “O al menos es mentira su acordado transcurso, / la división en lejos, presente y porvenir / que imponen nuestras torpes maneras de sentirlo.” Por eso los árboles, las flores silvestres, las plantas, las aves y los insectos que han conformado su universo infantil continúan formando parte esencial de sus vivencias. Una comunión con la naturaleza, con su propio entorno, que se traduce en un canto a sus manifestaciones más humildes (el jaramago, la flor de la jara, el gorrión…), al detalle aparentemente insignificante, porque todos ellos son lo que realmente dan sentido a la existencia: “Hay gestos que trascienden / porque a través de ellos aflora lo esencial.”

Inicia el poemario a partir del hallazgo de un papel que certifica su nacimiento: “…esta hoja / que da fe de que existo,”. Casi inevitablemente

recordamos la famosa magdalena proustiana, en cuanto que este descubrimiento desencadena en el poeta una cascada de evocaciones que toman forma de poemas. Su ayer y su hoy se dan la mano en su partida de nacimiento: “y a través de ella quiero, con estos versos míos, / recrear todo un tiempo que ya sé clausurado, / pero que resucita / en esta noche oscura / trayéndome de nuevo todo lo azul del mundo.” De igual modo estos textos poéticos –breves meditaciones unos, microrrelatos en verso otros- iluminan nuestras noches, nuestros rincones oscuros con esa luz encerrada “en la humilde fogata de un poema”, de estos poemas que reverdecen también en nosotros esos mundos anteriores (e interiores) que han configurado nuestra propia infancia. María del Carmen García Tejera



Pedro Sevilla y Juan Mariscal

La luz de Guerra Calle. Un lugar en el mundo

Cádiz, Publicaciones de la Diputación – Ayuntamiento de Arcos de la Frontera, 2022

El 28 de febrero de 2020, en la sesión conmemorativa del Día de Andalucía, el Ayuntamiento de Arcos de la Frontera (Cádiz) entregaba a los familiares del pintor local Alfonso Guerra Calle la Medalla de la Ciudad que le había sido concedida meses antes en atención a su trayectoria artística en

la que siempre estuvo presente su ciudad natal: sus gentes, sus paisajes, sus colores, su luz… Mientras, el pintor vivía sus últimos momentos en el cercano Hospital de Jerez de la Frontera, donde fallecería horas más tarde. Con esta publicación –auspiciada por la Diputación gaditana y el Ayuntamiento de Arcos- se rinde un merecido homenaje a ese niño pastor que, desde su nacimiento (1950, en la Junta de los Ríos, barriada rural de Arcos) sintió muy pronto la necesidad de trasladar su visión del mundo que le rodeaba al papel o al lienzo… aunque por entonces hubiera de conformarse, a falta de otros instrumentos, con trazar unas líneas en la tierra que pisaba en su recorrido con el ganado o en las rocas que encontraba a su paso, con un simple palito o un trozo de tiza.

Tras diversos avatares y venciendo grandes obstáculos, con el paso del tiempo logró cursar estudios de grabado y pintura mural en la Facultad de Bellas Artes de Madrid: más tarde ampliaría sus conocimientos de grabado cartográfico en la Escuela Nacional de Artes Gráficas de la capital. A partir de entonces se suceden las exposiciones y comienza a ser muy valorado por distintos especialistas y críticos. Residente en Madrid durante más de 40 años, volvía con frecuencia por Arcos, donde siempre estuvo el epicentro de su inspiración, el punto de partida de su creatividad.

Olviden mis apresuradas notas biográficas y centren su atención en este libro que nos ofrece una visión más amplia y completa de Guerra Calle y su obra: tras unas breves notas introductorias del Alcalde y de la Delegada de Cultura del Ayuntamiento de Arcos, entramos en la conjunción de dos puntos de vista perfectamente ensamblados: la del poeta y escritor Pedro Sevilla y la del fotógrafo Juan Mariscal. Ambos arcenses y conocedores de su paisano y de su obra; ambos artistas –uno de la palabra; otro de la imagen. Los dos, además, comparten con el pintor un anhelo común: captar la luz en

sus respectivas obras; derramar la luz, también, con sus diferentes creaciones.

Pedro Sevilla esboza la biografía del pintor. No es una biografía al uso, salpicada de datos, documentos que los verifiquen o apoyos en testimonios eruditos: el poeta arcense nos sumerge en un enclave rural de mediados del pasado siglo para que podamos conocer las condiciones de vida, el papel asignado a los diferentes miembros de la familia, el asombro del pequeño Alfonso cuando descubre ciertos secretos, su afán por reproducir –mediante procedimientos rudimentarios- todo lo que constituye su mundo… De su mano conocemos al joven pintor, su marcha –contra viento y marea- a Madrid, su aprendizaje, sus primeros logros… sin olvidar nunca su procedencia campesina, sus gentes, sus paisajes… Según Pedro Sevilla, su pintura "no es otra cosa que una cosecha perenne, una salida al mundo de algo que ha germinado desde una oculta semilla."

También Juan Mariscal traza la biografía de Guerra Calle a partir de sus magistrales fotografías en blanco y negro en las que luces y sombras conviven armónicamente ofreciéndonos –especialmente en sus retratos- la dimensión más humana del pintor: la profundidad de su mirada, la serenidad de su rostro, su aire entre tímido y abstraído, su amorosa relación con los pinceles y con sus lienzos... En definitiva, la luz que irradia su persona y que inunda su entorno. Nada de poses estudiadas; nada de recursos originales que nos desvíen la atención de lo que verdaderamente importa: el pintor y su obra, punto de partida y elemento clave de la fotografía.

La publicación se completa con una amplia selección de la obra de Guerra Calle: dibujos, grabados y pinturas, precedidas por reflexiones del pintor sobre las diversas técnicas empleadas, sus inicios y su vocación pictórica, las etapas que han jalonado sus creaciones… Encontramos en las reproducciones de sus obras sus temas favoritos, casi siempre ligados a su

infancia en el sur del Sur: “Cuando pinto –confiesa- emergen recuerdos y vivencias que se reflejan en mis cuadros. Pintando campesinos en sus tareas y labores, me siento transportado a la época de mi juventud en los campos andaluces. Siempre me ha atraído la figura humana, hombres y mujeres en su vida cotidiana; el ambiente urbano, los interiores de cafés, mercadillos, etc. Me gustan los temas intimistas, figuras femeninas ensimismadas en sus pensamientos, en el tocador, leyendo un libro…”

Todo ello aparece reflejado en esta cuidada y bien editada obra que, además de ofrecernos una amplia selección de las creaciones de Guerra Calle, se halla notablemente enriquecida –iluminada- por la mirada de otros dos artistas de la palabra y de la imagen: Pedro Sevilla y Juan Mariscal.

María del Carmen García Tejera